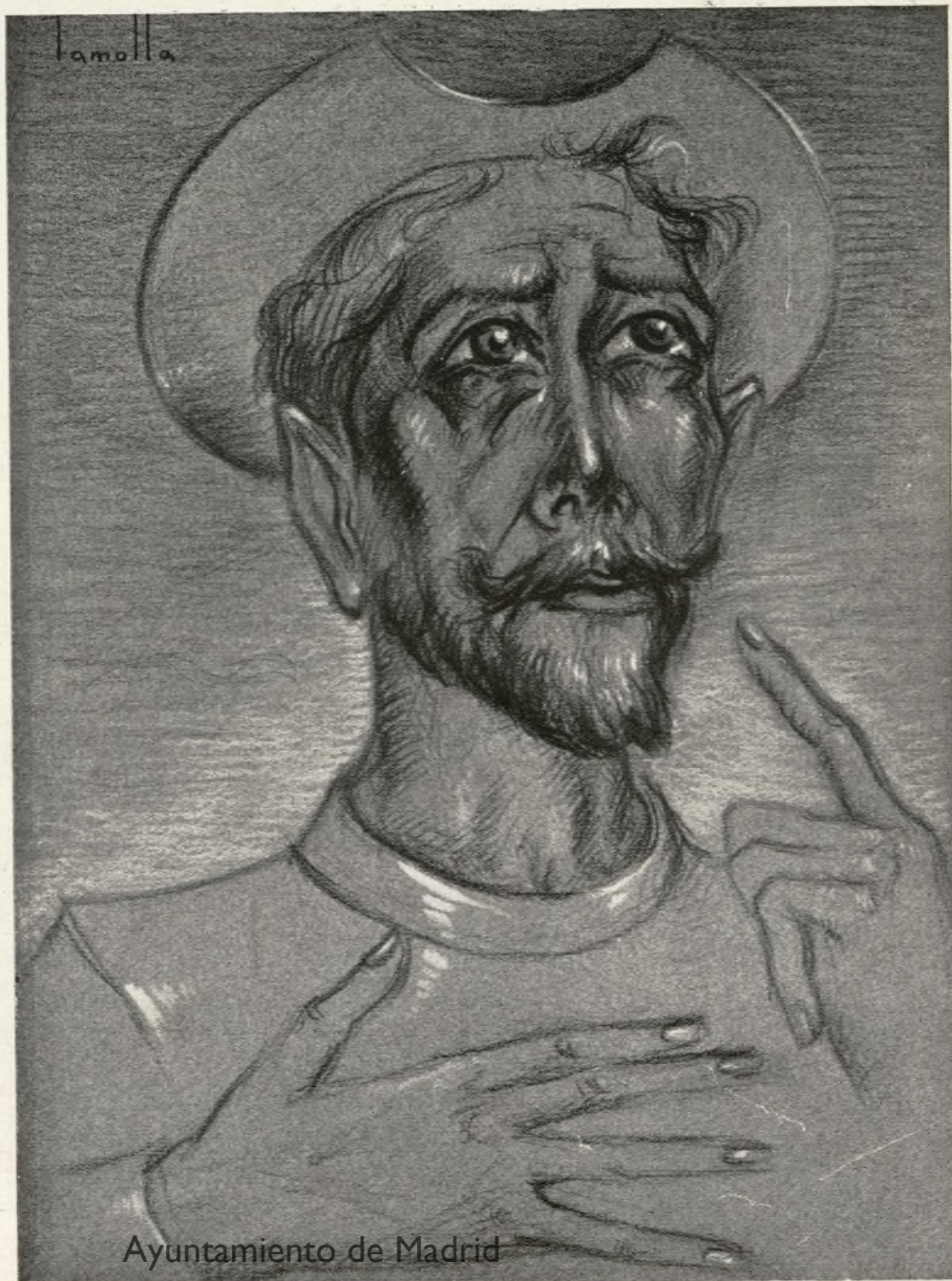


# CENIT

— sociología —  
ciencia — literatura

9  
Sumario

Herbert Read: El simiesco imitador de Hitler. — I. N. Steinberg: El arte bajo la dictadura. Ingenieros del alma humana. — J. Carmona Blanco: Rebelión y existencialismo. — Ego Fedeli: Historia del movimiento anarquista. De los principios y de los métodos de organización. — George Woodcock: El escritor y la política. — Armando Borghi: Dilemas de nuestro tiempo. Cesarismo o anarquismo. — Emilio Muse: Escepticismo y porvenir social. — Eduardo Mallea: Relato. — Anabella. — León Felipe: El arte. El mundo de los pintores. — Alberto Carsi: Astronomía elemental. Los caminos siderales. — XXX: Ciencia y técnica. La Cybernética en la producción futura. — B. Milla: Equilibrio de potencias y regimentación social. — Notas varias. — Abel Martín: Primavera. Rosa de fuego. — Portada de Lamolla.



Ayuntamiento de Madrid

Mayo  
1952

17

REVISTA MENSUAL

## NUESTRA PORTADA

El vanguardismo más fogoso no ha podido ni querido sustraerse al influjo del misticismo. A la insurrección iconoclasta post-renacentista sucede una tregua de comprensión condescendiente sin renunciación claudicante. No siempre escarnece la ironía lo que se tiene por caduco. La irreverencia solapada ha querido verla el público viciado, morboso de demagogia. O cierto linaje de críticos dados a sentar méritos de perspicacia. O los mismos celadores ortodoxos en su fácil propensión al escándalo y a la denuncia de supuestos sacrilegios.

El tema del Cristo ha captado la atención de pintores con fama de demoledores. Desde Goya a los surrealistas más impenitentes. Los mismos pintores del Renacimiento humanizaron solamente las facciones esqueléticas, infrahumanas, de santos y vírgenes. Borraron el signo mirífico y de ultratumba.

Retocaron las proporciones aberrantes a esas momias faraónicas de la pintura medioeval, y dieron vida, luz, a sus ojos hundidos, apagados, muertos. Friccionaron esos cuerpos angulosos y apergaminados hasta hacer brotar la sangre congelada. Corrigieron su arbitraria anatomía. Rescataron, en suma, del sepulcro, unos cadáveres fosilizados a quienes insuflaron nueva vida. Después, sobre la auténtica forma recuperada, el artista prosigue su lucha eterna sobre esa misma forma, idealizándola, con la magia de la técnica y de la fantasía.

El pintor Lamolla, requerido este mes para adornar la portada de nuestra revista, nos ofrece una composición original, como todas las suyas, en la que logra expresarnos la afinidad hondamente humana entre dos contrastes aparentes. El Quijote extático, aureolado con el yelmo de Mambrino, palpándose el corazón y señalando a lo alto con sus sarmentosas manos, evoca la metempsicosis del Cristo sacramental hecho hombre. El misticismo, el sacrificio, la idealidad, la esperanza de lo ibérico, cabalgan en el símbolo.

## LA PENSÉE CHINOISE ET SON ROLE DANS LA GRANDE SYNTHÈSE HUMAINE

por Paul GILLE

Se trata de un breve estudio de psicología, en donde, de una manera clara y concisa, queda reflejado el fondo moral que ha caracterizado, desde los tiempos más remotos, la filosofía de los pensadores chinos. Es una exposición objetiva que ha de interesar a todo aquel que se complazca en estudiar la evolución del pensamiento ético al través de los tiempos y de los pueblos.

Este opúsculo, incluidos gastos de envío, se sirve a 60 francos. Pedidos a J. Cazorla, 4, rue Belfort, Toulouse (Haute-Garonne).

# CENIT

REVISTA MENSUAL  
DE SOCIOLOGIA, CIENCIA  
Y LITERATURA

x

Comisión de Redacción: Fontaura, Peirats, Ferrer.

Administrador: J. Cazorla. — 4, rue Belfort, Toulouse (Haute-Garonne).

Precios de suscripción: Francia, 204 francos trimestre; Exterior, 240 francos.

Número suelto, 80 francos.

Paqueteros, 15 por 100 de descuento a partir de cinco ejemplares.

Giros: «CNT», hebdomadaire, C.C.P. 1197-21, 4, rue Belfort, TOULOUSE (H.-G.).

# CENITT

REVISTA DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

Año II.

Toulouse, mayo 1952

N.º 17

## El simiesco imitador de Hitler

LOS procesos colectivos de presos políticos que tienen lugar en España son un síntoma del hondo sufrimiento existente en aquel país. La situación de los trabajadores y de los campesinos es tal que la «acción directa» no puede dejar de ser empleada por los desesperados. La «acción directa» puede tomar diversas formas y la menos efectiva no es precisamente la de forma pacífica: la huelga de brazos caídos, etc. Pero un dictador fascista no es capaz de distinguir entre finezas de ética. Donde no existe el derecho de huelga, ni libertad de opinión, ni libertad de asociación, un simple huelguista es tratado como un criminal y con la misma ruda violencia que otro cualquier enemigo del Estado. La violencia, indudablemente, es anticristiana; pero no en la España Católica, donde la sangre es tan espesa como el vino de la comunión. Franco ha hecho de España una fermentación de odios, y si la violencia responde hoy a la violencia, sólo el gran tirano es responsable.

Hace ahora quince años que la dictadura fascista fué establecida. Lo fué con la ayuda del extranjero y pasando sobre los cuerpos inánimes de centenares de miles de españoles demócratas. Esta dictadura no ha sido aceptada nunca por el pueblo español. Impuesta por la fuerza bruta, ha chocado con la resistencia de todos los españoles amantes de la libertad. En el interior de España, los supervivientes de la acción mortífera de los cañones y bombas fascistas, han ido desenvolviéndose clandestinamente. Secreta pero firmemente, han ido aumentando su fuerza. En el exterior de España, miles de refugiados se han mantenido organizados y persistido en el propósito de un eventual derrocamiento del tirano. Ni por un solo momento, en el interior ni en el exterior de España, ha cesado la lucha. El fuego de la libertad reviste estas cualidades: cuando parece extinguirse, fuentes invisibles alimentan la llama la cual resplandece con más intensidad que nunca.

España es una tierra que ofrece solamente dos

posibilidades de desenvolvimiento: una economía basada en extremos contrastes de riqueza, y un reducido grupo de capitalistas explotando a las masas; una economía cooperativa basada en pequeñas unidades (pueblerina o de gran fábrica) llamada a asegurar una modesta pero decente manutención. Los naturales recursos del país—para las necesidades domésticas y para el comercio exterior—son insuficientes comparándolas con la economía burguesa de tipo inglés o americano. Constituye esto la justificación económica del carácter anarcosindicalista de las organizaciones obreras españolas. El tradeunionismo británico, sin fibra y sumiso a una aristocracia degenerada, repantigada muellemente en oficinas centrales de control, dominando colmenas de laboriosas abejas, es inconcebible en España. Allí el sol es ardiente, y hombres y mujeres viven en íntima satisfacción, en dura y penosa lucha con la tierra reseca. Esta intimidación terrenal predomina inclusive en un gran centro industrial como Barcelona, donde no existe un fuerte sentido proletario y apenas una clase media desarraigada y de cuello blanco; pero siempre el sentimiento de un pueblo viviendo en familia, en vida hogareña, con alternativas en el café y en la fábrica, siempre en comunidades, celular, independiente. El fascismo ha tratado de destruir esta intimidad; ha querido imponer su pauta corporativa; fundir esas celdas en el Estado único; aplastar la independencia y la individualidad, sin lograr su propósito.

No lo conseguirá jamás. La furia fascista aumenta actualmente. Casi diariamente llegan noticias de nuevas y masivas arrestaciones, en toda España: en La Coruña, en Sevilla y en Vitoria, sin discriminación de rango o de religión. No es cuestión de religión ni de condición social. La conciencia del pueblo es ultrajada, y los hombres son detenidos, encarcelados y fusilados porque sus conciencias no pueden ser acalladas. ¿Y la conciencia de Europa? ¿Y la conciencia de América? Obsesionadas por el miedo hacia el poderoso demonio del Este, nuestros políticos y militares se aprestan a pactar con el

gordinflón y pequeño diablo del Oeste por unos pocos acres de tierra empapada de sangre, sobre la cual levantar sus bases aéreas. Y le ofrecen dólares por miedo a que el régimen fascista se desmorone y pueda España ser conquistada, no por los comunistas, sino por cierto régimen poco inclinado a los dólares. Aparentemente es mejor un diablo en la mano que dos diablos en el monte. Aunque no todos los diablos procedan del mismo infierno.

Hemos sido complacientes demasiado tiempo. Al final de la guerra, el pequeño y más feroz amigo de Hitler pudo haber sido llevado ante el mismo tribunal de justicia que ahorcó a Ribentrop y trató de

ahorcar a Goering. Franco no difiere ni ha diferido nunca de estos azotes de Europa. Un día terminará su vil tiranía, como terminó la de Hitler, como terminó la de Mussolini, en medio del regocijo de los amantes de la libertad a través del mundo. Pero mientras tanto, nuestro deber es levantar la conciencia del mundo, ayudar a los oprimidos con nuestra simpatía y ver a nuestros gobiernos romper todas las relaciones con el imitador simiesco de Hitler.

Herbert READ

(Trad. de J. Peirats.)

## Notas de lectura

**Campos de concentración.**—Todos los campos de concentración se parecen, hasta el extremo de que todos los relatos sobre la vida en los mismos, se trate de los de Francia, Alemania o Rusia, insisten sobre detalles comunes. En unos y otros la misma crueldad, igual degradación de la condición humana. Peores que la cárcel en el sentido de que, siendo el régimen celular más restrictivo en cuanto a contactos humanos, el preso consume sus pasiones, sus odios y la brutalidad acumulada sobre su alma dentro de sí mismo. Es el suyo un proceso de desmoronamiento interior y extinción física solitaria hasta cierto punto. Pero el campo de concentración transfiere todos esos síntomas a la masa de los hombres que los pueblan, y el contacto permanente implica la fricción permanente. El concentracionario tiende a considerar como enemigo cuánto vive a su alrededor, partiendo de la convicción, consciente o no, de que cuantos le rodean son la causa de sus inmensas necesidades, su hambre, sus piojos y sus llagas. En este sentido, nada más inhumano que el campo de concentración, que reúne a millares de personas para que se degraden en el espectáculo cotidiano de su propia irrisión. Esto no se consigue siempre plenamente, pues se ha demostrado que en todos los campos de concentración han existido grupos de resistencia empeñados en no sucumbir, en no abdicar su condición fraternal. Pero esas reservas son ínfimas ante la masa concentracionaria y el valor de su testimonio tiene, más que una utilidad moral inmediata, un alcance ejemplar para el futuro. (Sobre los relatos de los Campos de concentración soviéticos.)

**Los críticos de la anarquía.**—La desgracia de que todo o buena parte de lo que se escribe sobre la anarquía y los anarquistas sea escrito por indiferentes especialistas o adversarios decididos, hace que las imágenes más significativas del ideal libertario y sus más salientes aspectos aparezcan contrahechos, desfigurados, horrorosos. El estudio que hace Armand Cuvillier de Proudhon, y que la editorial Fondo de Cultura, de México, publicó en castellano, es un digno botón de muestra de lo que decimos. El autor se demuestra marxista impenitente, y con citas tomadas aquí y allá de Marx y sus secuaces, intenta componer una imagen de Proudhon. Así sale ella. Cuando al final tiene que referirse a la influencia del pensador francés, lo hace desvirtuando groseramente las ideas del maestro y las de los que le siguieron. Hasta, se ríe de las primera armas literarias de Robert Aron y Denis de Rougemont—que han hecho mucho más ruido que las de Cuvillier—cuando se afirman a sí mismos continuadores del pensamiento proudhoniano. Eso hacía exclamar a Cuvillier: «¡Tan verdad es que el idealismo del autor de la «Justice» ilusiona todavía hoy a muchos!» Y así, entre ironías, denuestos y falsificaciones van pasando las páginas del libro de este profesor sofisticado por el marxismo. No puede evitar revivir, en toda su repulsiva intensidad, la fobia que su jefe le demostró en vida a Proudhon. Hay defectos de escuela, que siguen sirviendo generación tras generación. Eso pasa con el marxismo.

B. M.

## El arte bajo la dictadura

# INGENIEROS DEL ALMA HUMANA<sup>(1)</sup>



ES un hecho incontrovertible que todo lo que acaece en la Rusia Soviética suscita en el extranjero las más variadas discrepancias. Existe, empero, un terreno en que el antagonismo de las opiniones se detiene; en que amigos y adversarios del régimen actual soviético reconocen los éxitos considerables alcanzados por este último. Es el terreno del arte, de la música, del teatro y especialmente de la literatura rusos. El encanto inmortal de los nombres de Puschkin, de Tolstoi, de Dostoyewski, de Gogol, de Chejov, que parece extenderse sobre la literatura rusa toda, ha aprisionado desde hace mucho tiempo al lector europeo. Este encanto se ha hecho extensivo también a la literatura artística de la Rusia Soviética. En Europa se está convencido que los escritores gozan allí de la máxima libertad y alegría de producir, y no es extraño que los escritores europeos sientan tanta nostalgia por el país donde el arte ha conquistado por fin sus derechos, donde se ha convertido en una potencia independiente de la nueva vida en formación.

¿Es exacta esta suposición? El Congreso de los escritores soviéticos de Rusia, celebrado recientemente en Moscú, ofrece un cuadro del estado de la vida espiritual en aquel país, ahora, a los diecisiete años de la revolución. Seiscientos delegados y mil huéspedes participaron en el parlamento de escritores, que duró tres semanas.

Como ocurre siempre en los congresos organizados políticamente (pues el sesenta por ciento de los delegados eran comunistas), buena parte de los discursos oficiales estuvieron destinados a ensalzar los propios éxitos y a condenar la cultura burguesa. El presidente, Máximo Gorki, declaró de entrada, en su discurso inaugural:

«El héroe de la literatura burguesa es el estafador el ladrón, luego el espía y nuevamente el ladrón; pero esta vez el **ladrón-gentleman**. Esta literatura refleja el verdadero gusto, los intereses y la moral práctica de los consumidores... Nosotros, en cambio, aparecemos como jueces del mundo destinado a extinguirse y como hombres que encarnan el humanismo genuino del proletariado que libertará al mundo de la envidia, de la codicia,

del espíritu pequeñoburgués y de la tontería.»

Otro orador oficial proclamó que «nuestra literatura es la mejor y la más progresista del mundo.» Gorki fué tan lejos que hasta señaló el número de los talentos para el porvenir inmediato: «Para no engañarnos, impongámonos como objetivo producir cinco escritores geniales y cuarenta y cinco muy talentosos.»

Dejemos a un lado estos delirios de grandeza, que no están permitidos a ningún pueblo, y fijémonos atentamente en los debates del susodicho Congreso, y entonces nos será dado descubrir algo mucho más importante. En varias manifestaciones hechas por prosistas o poetas, por dramaturgos o satíricos, dejéase traslucir, en forma semivelada, el descontento general:

«¿De qué nos sirve la formidable temática de la revolución?—quejose Mikitenko—. Nuestros temas son la industrialización, la colectivización, la reconstrucción de la psiquis humana. Muchos de estos temas grandiosos han sido empleados y hasta comprometidos. Mas ninguno de ellos ha sido dominado hasta ahora.»

«Es una suerte vivir en plena época heroica de la historia—declaró Leonov—, pero el principio entre el arte y la vida subsiste también en la actualidad. Todavía no hemos aprendido a escribir palabras que hagan explosión sobre el papel, que puedan mover el verdadero motor de nuestro país: el corazón colectivo de los constructores socialistas.»

Gladkow, el autor de la conocida novela «Cemento», censuró en términos severos la superficialidad artística de sus colegas:

«El defecto mayor de nuestra obra es nuestra incapacidad de crear figuras típicas de héroes que exciten, que entusiasmen, que arrastren. Nuestros libros están llenos de retratos y de fotografías, ejecutadas, además en forma pálida y aburrida.»

Erhemburg, casi el único escritor ruso que tiene la posibilidad de viajar constantemente entre Moscú y Europa, encontró palabras más cáusticas aún:

«Nuestro hombre nuevo es mucho más rico, más bello, más complicado que su sombra en las páginas de los libros. La novela burguesa muestra al protagonista únicamente en un aspecto: está ocupado siempre con el amor. La literatura nuestra sufre de otra degeneración. En ella vemos a los hombres solamente en los talleres o en los «Koljoses». ¿Por qué, empero, el obrero-protagonista, el miembro de la brigada de choque, no ha de tener también, a ratos, sus ensueños? ¿No puede, a veces amar o estar celoso? Contadnos también acerca de lo que piensa en su día de reposo, mientras contempla el espejo de las aguas del río. Nuestros trabajadores son tan poco parecidos a los proletarios clásicos de nuestros libros, como sus desdichados

(1) El autor de este trabajo, I. N. Steinberg, fué Comisario de Instrucción Pública de los primeros gobiernos del régimen bolchevique. Al quedar transformado aquel régimen en una dictadura totalitaria, llamada del «proletariado», Steinberg dimitió su cargo y se alejó de su país. Radicado en Londres, escribió a fines de 1934, el artículo que transcribimos, que a pesar de los años transcurridos desde aquella fecha, conserva toda su lozanía. No es una diatriba política más contra el régimen soviético, sino uno de los estudios más bien documentados sobre las características psicológicas de la dictadura intelectual soviética.

abuelos eran poco parecidos a los pastores galantes de los cuadros idílicos.»

También Babel, el extraordinario pintor lírico de la guerra civil, expresó su preocupación por la creciente industria de palabras, gestos y temas:

«Entre nosotros se habla en forma inusitadamente bullanguera del amor. Si esto sigue así, habrá que hacerse las declaraciones de amor por medio de altoparlantes, como lo hacen los jueces en los partidos de fútbol... Las descripciones de la vida, por sí solas, no bastan. Ideas elevadas, raciocinio filosófico corresponden aún a esto. De lo contrario, no existe literatura.»

«Tan pronto como abarcamos el problema del hombre nuevo, apenas intentamos fijar la figura del héroe de hoy en día, nuestros músculos se aflojan—se sinceró el dramaturgo Kaiko—. En nuestros rostros se refleja por lo general el éxtasis o la conmoción. Tememos complicar al protagonista con contrastes internos. Nos empeñamos en presentarlo siempre desprovisto de cualquier duda o defecto. De ahí que no nos resulte ningún drama o comedia, sino, siempre, un himno, un diti-rambo.»

¿Por qué la literatura soviética no logra describir al llamado héroe positivo, al bolchevique?

«Por qué—preguntó con su conceptuoso discurso la señora Gerasimova—los héroes de nuestro mundo comunista están exentos de inteligencia, de finura emocional y hasta de pasión? Porque los escritores proceden de acuerdo con una receta única: el capitalismo no sirve, el comunismo es lo bueno... No es posible, en semejante nivel espiritual, librar la lucha contra el mundo antiguo. Ese mundo antiguo no se nos aparece tan pobre y lastimero; se nos presenta munido de las ideas y figuras complicadas. Ha producido gigantes como Tolstoi, Dostoyewski, Nietzsche. Nuestra literatura debe colocarse a la misma altura.»

Resultó muy característico que en el Congreso resonaran en todos los discursos los nombres de Puschkin, Tolstoi, Goethe y principalmente de Shakespeare. Fue como si los escritores revolucionarios temiesen la competencia de los «viejos». Sabiendo que la masa de lectores rusos se hallan todavía bajo el encanto de aquellos viejos, buscaron febrilmente las causas de ese secreto, y entre tanto, no cesaron de quejarse de sí mismos.

El golpe más rudo fue aplicado a la rama más delicada del árbol de la literatura: a la lírica. Fue Bujarin, el fidelísimo hombre de partido y director de «Pravda», quien asestó repetidos golpes a la lírica soviética. Los nombres oficialmente reconocidos eran, desde hacía mucho tiempo, los Demian Biedny, el poeta cortesano del Estado bolchevista, y de Maiakowski, el difunto, ardoroso y combativo poeta de la guerra civil. Y he aquí que Bujarin declara:

«La época de los versos de propaganda al estilo de los de Maiakowski ha pasado ya. El material poético de nuestro bardo, ¿no es pálido y pobre en comparación con el contenido de nuestra vida heroica?»

Bujarin exigió un nuevo romanticismo revolucionario en lugar de esa poesía que no es otra cosa que consignas políticas en rima: «Lo que a nosotros nos falta es cultura, cultura y por tercera vez cultura». Y de repente alzó en el estandarte justamente a Pasternak, el hermoso e íntimamente lírico poeta cuyo mundo de imágenes está fuera de

las luchas políticas y del estruendo de las espadas. Este nuevo rumbo resultó sintomático.

Si se quiere conocer la causa más profunda del descontento general debe acudirse a ese concepto de la libertad que está desterrado hoy en día de Rusia. Durante el Congreso nadie pronunció la peligrosa palabra «libertad». Pero ella estaba oculta debajo de todas las quejas, de todos los reproches y exigencias. Donde no hay libertad para la personalidad artística no existen posibilidades para la verdad artística. Esta verdad sigue su ruta propia, que resulta con frecuencia contraria al orden establecido. De ahí que toda gran literatura haya sido rebelde tan a menudo. Mas la rebeldía espiritual, la verdad artística, la libertad interior son manifestaciones insostenibles para un régimen dictatorial. No es una casualidad que en la Rusia Soviética le corresponda la peor suerte a la sátira. El talentoso periodista satírico Koltzow refiere a este respecto cosas raras:

«A un respetable director de un periódico de Moscú le fue llevado un relato satírico. Lo leyó y dijo: «No sirve; para el proletariado es demasiado temprano para reirse; que se rían nuestros enemigos.»

Ese director consideraba que en la Rusia Soviética, donde el Poder está en manos del partido comunista, no había, en general, nada que criticar. De buena gana quisieran los autores describir milares de fenómenos y de hombres del país revolucionario. Así tenemos, verbigracia, al excelente novelista Olescho, quien declaró:

«Yo quiero escribir dramas y narraciones en los que los personajes resuelvan problemas de carácter moral. Siento palpar en mí la convicción de que el comunismo no es sólo un sistema económico, sino también ético.»

Los escritores lo anhelan, efectivamente, más no podrán permitirse hacerlo, pues se exige de ellos que escriban exclusivamente según el método del «realismo socialista». ¿Qué significa este método? ¿Producción literaria amoldada al espíritu del socialismo en general? No, es algo más concreto: es una literatura ajustada a la línea del partido. El primer día del Congreso despachóse este telegrama a Stalin:

«Este día histórico lo iniciamos con un saludo para usted, nuestro maestro y amigo. Querido Stalin: reciba el saludo lleno de amor y de respeto hacia usted, que con fuerza genial y profética conduce al proletariado de la Rusia Soviética y del mundo entero hacia la victoria final.»

Al comisario de Guerra, Voroshiloff, se le envió asimismo un saludo que terminaba con estas palabras: «¡Viva el ejército rojo, nuestro amor y nuestro orgullo». Al finalizar sus sesiones, el Congreso aprobó los estatutos para la Asociación de los escritores, una de cuyas cláusulas dice:

«La condición decisiva del crecimiento de la literatura es la íntima ligazón del movimiento literario con los problemas actuales de la política partidaria y el Poder soviético.»

Stalin empleó la expresión de que los escritores sean «los ingenieros del alma humana». De esta manera aquellos quedaron entrelazados dentro del mecanismo técnico del Estado.

En semejante situación sería inútil esperar del escritor la libertad interior. No podrá revelar todo el problema del hombre soviético, sus ocultos deseos y alegrías, sus experiencias trágicas. La vida

# REBELION y EXISTENCIALISMO

*Crisis de la Civilización Europea*



A última guerra mundial constituyó la segunda gran crisis de la civilización europea. La declaración de los derechos del hombre, que definía a la democracia, y el espíritu internacionalista que alentaba al socialismo, y que parecían haber sido puestos en juego por última vez en 1914 frente a la violencia, cedieron de nuevo en 1939, arrastrando consigo todo el andamiaje de las esperanzas europeas.

Con ello quedaba demostrado, de una forma demasiado sangrienta para no ser evidente, la inoperancia de los procedimientos democráticos ante los problemas internacionales y el estado de inmadurez de la mentalidad socialista para hacer frente al problema de la violencia entre gobiernos. La civilización europea, apoyada fuertemente en los procedimientos democráticos desde el «Contrato Social», y en plena evolución hacia el socialismo—que se debatía dentro de sí mismo en busca de una síntesis de libertad y justicia—acusó el fuerte golpe de su contradicción viéndose empujada y resumida en una síntesis muy distinta a la que pretendía: la negación de todos los valores que hasta entonces le habían dado forma.

La inminente amenaza de una nueva crisis que se perfiló en el horizonte europeo cuando todavía no se había disipado el humo del último obús estallado en Berlín, precipitó el proceso de descomposición a que se hallaba sometido el pensamiento europeo. Se abrió amplia brecha a toda clase de corrientes negativas y se dió paso a toda manifestación que poniendo cínicamente de relieve la podredumbre—escombros de la moral europea—de la posguerra, justificara

interior del hombre soviético debe permanecer velada para la literatura, porque ambos, el escritor y el héroe, no son libres, pues pueden incurrir siempre en conflictos con la dictadura. Por eso se explica que surja esa ola de literatura acerca de la que el representante de la editorial oficial ha informado que «en los años 1928-1931 hemos publicado libros, de los cuales el 75 por ciento carece de derecho para una segunda edición; es decir, que son libros muy malos».

Durante el congreso preguntaron a un obrero, en una fábrica: «¿Por qué lees libros?» Y respondió: «Para aprender a vivir dignamente». Esta ha sido siempre en Rusia la actitud del hombre del pueblo frente a la literatura. Y ahora, ¿le traerán los «ingenieros del alma humana» el arte de una vida digna? O bien quedará la razón con el viejo poeta danés, Andersen Nekse, quien en el Congreso de Moscú dijo, en forma tan sencilla y bella:

«La misión del artista consiste en tomar en sus manos el corazón del pueblo y calentarlo de tal manera que los sentimientos humanos vuelvan a resplandecer en él.»

I. N. STEINBERG

nuestro estado de decadencia involuntaria pero de difícil superación.

Resultó más fácil decirle al europeo sumido en la desesperación de sus contradicciones: «El hombre es podredumbre, vicio. El hombre lleva la injusticia por naturaleza y su libertad consiste en hacer uso de esa naturaleza injusta. Tu pasado es sueño. El presente, tu estado actual, es la única realidad imperecedera.»

Era mucho más difícil lograr el éxito gritándole en el rostro: «¡Busca las causas de las contradicciones que te han traído a este estado. Escarba, hunde las uñas en tu pasado y arráncale las entrañas si es preciso, hasta que encuentres el error que te ha negado. La libertad y la justicia siguen siendo los únicos—mejor, el único—objetivos plausibles del hombre, y esos objetivos son hoy tan posible como lo eran cuando los concebiste. Levántate, desanda camino o aplasta los impedimentos con que has tropezado, pero sigue siendo digno!» Surgió y tomó primer plano una literatura que arguyendo un pretendido realismo, se complace desde entonces en remover el lodo de todas las miserias sepultadas en los escombros europeos. «Kapput» y «La Piel», de Curzio Malaparte, son los dos más grandes exponentes de esta literatura.

Por primera vez ha surgido una mentalidad metafísicamente igualitaria. Sus bases no son la igualdad económica, como en sociología, o la igualdad de derechos, como en filosofía. El concepto de igualdad de esas corrientes de decadencia se enfrenta con el eterno problema del bien y del mal y resuelve: todos los hombres son malos. La igualdad metafísica, por lo tanto, justifica todas las desigualdades y todas las injusticias sin aportar al hombre—como el catolicismo—ni siquiera la esperanza de una justa igualdad ante Dios.

## *Repercusiones universales de la decadencia Europea.*

En este escenario, que no ha cambiado desde 1944, viene desarrollándose el drama de la crisis europea, cuyas lógicas repercusiones toman un carácter universal.

Las grandes esperanzas, que para las corrientes liberales europeas fué el entonces incipiente Continente Americano, que han venido frustrándose por reflejo, han acusado el golpe de la crisis europea con no menos vacilación que el Viejo Continente. No podía ocurrir de otro modo. El problema de una cultura americana es algo que no ha podido ser puesto en claro todavía. Lo que hasta hoy podemos dar por cierto es que los americanos que han logrado llevar su nombre más allá de los límites del continente a caballo de una obra—artística o política—de marchamo americano, lo han hecho incorporando a este último ambiente lo mejor de la cultura europea.

Una cierta tendencia—que entronca demasiado bien con las modernas corrientes totalitarias para no hacerse sospechosa—a romper la continuidad—semejante a la evolucionada por la cultura europea desde la griega, y ésta a su vez desde las orientales—, plantea un importante aspecto del drama de la civilización americana. Después de quinientos años de una cultura que tendió a relegar, cuando no eliminar, lo auténticamente americano considerándolo como manifestaciones despreciables por lo primitivas, esa cierta tendencia de que hablamos pretende a base de una innecesaria apología

de lo autóctono, un resurgimiento no bien definido. Por un lado demuestra su aversión—lógica por demás—hacia un retorno a unas civilizaciones que hallaron la muerte hace quinientos años y que ya entonces se hallaban retardadas con relación a las del Viejo Continente. Por otra parte aspiran a una ruptura de la continuidad de su cultura con el fin de poderla llamar americana. La contradicción manifiesta consiste en que no es posible romper con el pasado sin negarse en el presente y anularse para el futuro. El desarrollo de una tendencia semejante significaría para América una crisis de mayores proporciones que la propia crisis de la civilización europea.

Los americanos que han comprendido bien esto último, y que por lo tanto no desean esgrimir un continentalismo—que puede degenerar rápidamente en nacionalismo—demasiado peligroso, sufren la crisis europea, en sus proporciones de universal, con los mismos síntomas que los europeos.

Octavio Paz, refiriéndose a México—sus palabras pueden aplicarse a toda Centro y Sud América—, en un artículo recientemente publicado en la revista «Sur» de Buenos Aires, con motivo del Tercer Centenario de Sor Juana Inés de la Cruz, escribe: «Ahora nos encontramos ante una situación parecida a la del final del siglo XVII. La crisis actual es también crisis de los fundamentos del mundo, como en la época de Sor Juana. Resolver la crisis dentro de los supuestos de nuestra tradición, permitiría la reconquista del pasado colonial. Cerraríamos así la herida de la independencia. No querría otra cosa, después de todo, Sigüenza y Góngora: convertir la Conquista en un hecho americano. Mas si, como parece probable, somos incapaces de una creación que armonice los contrarios principios que nos desgarran, nuestra respuesta frente a la historia será la abdicación y el silencio. Y la sociedad que surja de esa renuncia, si alguna surge, no podrá reconocerse en nuestras obras, como los liberales no se reconocieron en las del mundo colonial.»

Para el hombre a quien ya no es posible crear valores en los angostos cercados de la «patria», de la «raza» o del continente, existe un hundimiento universal de valores que se han dado en llamar europeos. Hoy podemos afirmar que esos valores son los inherentes al individuo, que es éste último quien está mundialmente en crisis, que el mundo es demasiado pequeño en extensión para que la situación geográfica substraiga a nadie de la crisis de una civilización cuyos valores—que a su vez le fueron confiados, se extendieron hacia todos los grupos humanos en progresión. El problema estaría en saber si los americanos se encuentran en mejores condiciones que los europeos de superar esta crisis y salvar los valores individuales que hoy están en juego. A esta pregunta, es el incierto futuro americano quien debe contestar.

#### PARIS: BAROMETRO ESPIRITUAL DE LA CIVILIZACION OCCIDENTAL

Una vez más nos será necesario señalar como punto neurálgico del drama de nuestra civilización en decadencia a París. El evidente decaimiento que a menudo se señala de la que fué llamada capital del mundo, no se debe a un desplazamiento de valores, sino a la decadencia universal de los mismos. París sigue siendo la encrucijada del pensamiento mundial, el laboratorio donde se mezclan las actuales corrientes del pensamiento humano. Ninguna otra ciudad puede todavía disputarle con derecho esa ya tradicional característica a la capital que por su constitución heterogénea escapa en trascendencia a la propia nación que la posee. Cualquier hombre que haya vivido la vida espiritual de París por algún tiempo, se siente siempre un poco parisino. Sentirse parisino significa en cierto modo poseer un sentimiento universal, romper los muros del país de origen hacia una más sana y completa comprensión internacional. Para el propio francés, sentir en parisino es ver a su país bajo un prisma menos «nacional». No todos los franceses, ni siquiera todos los que han nacido y visto trans-

currir sus días en París, sienten en parisino. No sería lógico intentar dividir indivisibilidades, pero quizás sea justo decir que sobre el París capital de Francia—que equivale a cualquier otra capital del país—, se extiende a modo de tejido sanguíneo, circulatorio y vivificante, ese otro París heterogéneo y universal con una superfunción aprovechada pero desbordante.

Ideas y opiniones que en otros lugares se reducen a individualidades—quizás más meritorias por el esfuerzo que deben desarrollar frente al ambiente—, en París adquieren inmediatamente resonancias que se resuelven en corrientes. Es cierto que existe un determinado prejuicio universal ante lo parisino, pero no es menos cierto que, como ya hemos dicho, lo parisino responde en cierto modo a lo universal. Así, pues, el hombre a quien los problemas de esta decadencia preocupan, se encuentra menos solo en París que en cualquier otro lugar. Aquí nos encontramos ante la primera contradicción—que aunque parezca elemental la consideramos importantísima—del existencialismo. El existencialismo parisino de la postguerra sitúa a ese hombre solo, sólo frente a todo cuanto le rodea, en el lugar donde el hombre se halla menos solo. Y es en las considerables aglomeraciones del «Dupont Latin» o del «Café de Flore», lugares en que se respira una profunda atmósfera de relación humana, que el existencialismo pretende ser profesado. La solución que con la palabra «snobismo» algunos dan al problema es demasiado cómoda para satisfacernos.

Cuando el existencialismo afirma la soledad del hombre, define con acierto la situación de nuestra época. Cuando el hombre contempla la sociedad vacía de valores se encuentra evidentemente solo, pero ese poder de contemplación es ya en sí una superación de la soledad. La facultad de observar la carencia de valores en el ambiente que nos rodea, inclusive cuando esa observación se hace masoquista e introspectiva incluyéndonos, significa el reconocimiento de una existencia individual que constituye por sí misma un valor, el primero de los valores. Sobre ese principio nace el espíritu de lo que Albert Camus llama Rebelión. Cuando se medita en que Sartre no se ha opuesto a la definición que de él ha sido hecha: «hombre de café», que significa en realidad: hombre que precisa de la concurrencia para sentirse solo, se comprende que al primer existencialista parisino no le ha sido posible asesinar la rebelión.

El existencialismo, como corriente negativa, lleva la rebelión en sus entrañas, perforando en él galerías subterráneas. En ese aspecto la rebelión constituye el vértice del existencialismo: la negación de la negación. Este es el único punto de complementación, el contacto entre los extremos. A partir de ese punto, existencialismo y rebelión constituyen dos fuerzas que se separan por su propio choque. El primero es el fin estable de la decadencia, el reconocimiento de ella como estado natural. La segunda es un comienzo—comenzar de nuevo—sobre el más elemental de los valores, el indestructible: Reonozco, luego soy. Ser es rebelión.

Desde su acreditado trampolín, París lanza su dilema al hombre de Occidente, amasando y seleccionando las más ingeniosas ideas y los más logrados razonamientos de nuestra civilización en decadencia. Cualquier deseo de elección que este dilema pueda despertar significará una superación de nuestro estado y por lo tanto la negación de la soledad.

#### REBELION Y EXISTENCIALISMO

Estamos ante los dos últimos libros que responden al actual momento parisino. Por un lado «L'Homme Révolté», de Albert Camus; por el otro «Le Diable et le bon Dieu», de Sartre. Alguien tendrá que analizar un día ese paralelismo de encontronazos que significan las respectivas obras de Camus y Sartre. Hay un paralelismo de actualidad y un permanente choque como resultado de las respectivas con-

clusiones del análisis. Se diría que Camus es la humana réplica, paso a paso, al frío intelectualismo de Sartre.

Esta vez la trascendencia está de parte de Camus. Sartre, en «Le Diable et le bon Dieu», logra sin duda alguna su ya notada calidad literaria—el verdadero triunfo del existencialismo sartriano hay que buscarlo en la literatura—, pero se nota en él, esta vez más que ninguna otra, su implacable deseo de «épater les bourgeois». Lo logrará ciertamente dada la intención con que han sido estudiadas y escritas la mayor parte de sus frases, sin retroceder ante ninguna de las formas del léxico. Nosotros no hemos podido recoger en toda la obra—que por lo que a teoría se refiere marcha muy a menudo por los trillados caminos antirreligiosos—más que una sola frase con que, a pesar de la aclaración de Sartre en la contratapa de esta primera edición—Gallimard, 1951—, culmina la trayectoria del existencialismo sartriano frente a la ética: «Si deseas merecer el Infierno, te basta con quedarte en la cama. El mundo es iniquidad; si lo aceptarás eres cómplice; si lo cambias eres verdugo». He aquí, en otro lenguaje, el concepto metafísicamente igualitario de que hablábamos al principio. «Les jeux sont faits», el hombre no tiene alternativa, el determinismo lo rige todo y el hombre mira pasar su vida con la curiosidad de un espectador.

«L'Homme Révolté»—ensayo sobre el espíritu de rebelión desde sus orígenes hasta nuestros días—es, por el contrario, la réplica que el voluntarismo da a Sartre. Tomamos al azar los apuntes entresacados del texto de Camus y en el azar los apuntes entresacados del texto de Camus y encontramos, no podía ser de otro modo, la frase exacta con que el autor de «L'Étranger» contesta al párrafo transcrito por nosotros de «Le Diable et le bon Dieu»: «La lógica del hombre en rebelión consiste en querer servir a la justicia para no añadir nada a la condición injusta, en esforzarse por un lenguaje claro para no hacer más tupidamente la zarsa por un lenguaje universal, en apostar, frente al dolor de los hombres, por la dicha».

Para Camus el destino del hombre está todavía entre sus manos. Lo ha estado siempre. Por eso, de lo que se trata es de analizar cada uno de sus pasos desde los comienzos. «La Rebelión del Hombre», que no es sino el voluntarismo a través de la Historia, es un serio intento de estudiar los

errores cometidos por el espíritu voluntarista en su camino hacia la emancipación del hombre. Es el más fuerte campanazo de alarma dado a las corrientes revolucionarias de nuestra época, enfrentándolas abiertamente y sin colores neutros con el permanentemente soslayado problema de la violencia. No hay religión, ni ideología, ni futuro aéreo que valga lo que la vida de un hombre. Cada uno de los hombres, y de una manera individual, decide de su vida, único objeto real que le pertenece. Ante la violencia que los organismos ejercen a través de ciertos hombres, comprendemos, en determinados momentos, la réplica violenta e individual de la Rebelión. Al hombre le es dado decir: «Yo cambio mi vida por la tuya». Lo demás es cobardía. La violencia es ilógica en cualquiera de sus formas: «El hombre en rebelión sólo posee un modo de reconciliarse con su acto matador si se ha dejado llevar hasta él: aceptar su propia muerte y el sacrificio. Mata y muere para que quede claro que el crimen es imposible. Entonces demuestra en realidad preferir el *Nosotros somos* al *Nosotros seremos*».

La figura de Kaliayev, ya tratada en «Les Justes», es esta vez estudiada a fondo en «Les meurtiers délicats», capítulo publicado con anterioridad en «La Table Ronde». Algún día será necesario también estudiar profundamente a nuestro gran poeta Miguel Hernández para entroncarlo con este gran drama de la violencia a contrapecho. Tomarlo desde su grito de angustia: «¡El hombre junto al fusil antes que se nos destierre, antes que se nos escupa, antes que se nos afrente!...»; después: «Si me muero que me mueran con la cabeza muy alta...» y seguirlo hasta la celda franquista donde murió gritando: «Libre soy, siéntome libre sólo por amor».

«L'Homme Révolté» es un firme mojón en el camino de superación de Camus, que con este ensayo entra por la puerta grande del pensamiento contemporáneo. Sólo cabe desear que este libro encuentre el camino de su propio contenido: «el hombre de hoy», y que ese mismo hombre no le dé la más cínica de las respuestas enterrándolo en el polvo de una posteridad, demasiado posterior para que pueda interesarnos.

J. CARMONA BLANCO

**Aldous Huxley y las clases.**—Ese gran muestrario psicológico que es «Contrapunto», la monumental novela de Huxley, abunda en síntomas indefinibles más que en biografías concretas. Pero los síntomas **son, están**, y en conjunto le dan al libro ese gran aire de veracidad, de humanidad palpitante. Además, esa presentación sintomática, más que fotográfica o formalmente analítica de sus personajes, obliga al lector a la movilidad comparativa, al cotejo inmediato y a la propia introspección. «¿Seré yo así?»—se pregunta uno, creyendo recordar detalles de su propia personalidad semejantes a los de un Sprandell, un Walter, un Illidge... Esa gran curiosidad del lector, seguida de la desazón comparativa e introspectiva, es el éxito más notable de la novela. Consigue enfrentar al que lee con las situaciones, sentimientos e ideas que están en ella, incitándole constantemente. Pero mejor que en otros libros de Huxley, se nota en

«Contrapunto» esa incordiosa repetición sobre las clases. Illidge y Marjorie son personajes frustrados por el hecho mismo de venir de «abajo». El autor no pierde ocasión de contrastar la ingénita ridiculez de estos personajes ante los luminosos, elegantes y bien nutridos personajes de su propia clase. ¿Por qué no se le ocurre a Huxley trasladar a Lucy Tatamount, rica y depravada, a una fábrica de hilados para apreciar su ridiculez desde otro punto de vista? Todos los adinerados que pasan por «Contrapunto» son criaturas defectuosas, a las que desnuda Huxley, pero los pobres que aparecen son irremisiblemente ridículos. Lo es Illidge, lo es Marjorie, lo es Gladys, la dactilógrafa fácil de Sydney Quarles. Son deliberadamente ridículos, ingénitamente ridículos, como una condición inherente a su situación económica. Los otros, los ricos, son fracasados, decadentes, pervertidos... pero arrogantes y relucientes.

# HISTORIA DEL MOVIMIENTO ANARQUISTA

## De los principios y de los métodos de organización<sup>(1)</sup>

### I



CUENTA la historia del movimiento anarquista con períodos particularmente interesantes, dignos de atención y de especial análisis. Uno de ellos es el que precedió a la represión violenta desencadenada por los regímenes totalitarios italiano y ruso, período que sofocó las iniciativas revolucionarias de estos dos pueblos irredentos.

Se canceló entonces un vasto período de actividad normal, para el movimiento anarquista, y sus militantes se dedicaron a establecer algo así como el balance de la labor pasada. Analizaron detenidamente todo un proceso de experiencias y trataron de trazar las líneas generales de una actuación futura—en cuanto a función y en cuanto a acción inmediata—en base a las enseñanzas deducidas del pasado.

Por aquellos tiempos, el centro de las preocupaciones generales era, naturalmente, la revolución rusa.

\* \* \*

Durante los años de lucha del 17 al 20 poco o nada había conseguido llegar al extranjero sobre la actividad y los problemas de los anarquistas en Rusia. Sadou—miembro de la misión militar francesa en Rusia e informador particular del ministro socialista Albert Thomas—se había referido a su obra y sobre todo a su influencia. De ello da cuenta en su libro: «Notes sur la Révolution Bolchevique (octobre 1917-janvier 1919)», en el que declara: «El partido anarquista es el más activo, el más combativo de los grupos de oposición y probablemente el más popular.» Pero en sus observaciones generales se veía traslucir la influencia que en aquellos tiempos ejercían sobre él los bolcheviques.

(1) En la imposibilidad de publicar su obra voluminosa sobre la «Historia de la Anarquía», el compañero Ugo Fedeli nos ofrece detalles fragmentarios del más alto interés. Si el tiempo y el espacio lo permiten presentaremos a los lectores de «CENIT» capítulos de la Historia del Movimiento Anarquista en Italia; de la «Revolución Mexicana», etc., etc. El que hoy damos a conocer es de una importancia particular y de un interés actual, ya que en algunos aspectos se están reviviendo hoy mismo cosas y hechos ocurridos en el pasado, ofrecidos hoy como novedad revisionista o insensiblemente infiltrados en la mentalidad y en la práctica de ciertos militantes. Se presentan hoy bajo aspectos menos violentos y por lo tanto más peligrosos, pues son más fácilmente asimilables por los indecisos y por los desconocedores de nuestra Historia, así como por aquellos que sienten las ideas a «flor de piel», en pereza innata para bucear en el conocimiento de nuestras ideas, de sus fundamentos y de su consubstancial finalidad. —(Nota del traductor).

En substancia, poco o nada se sabía, de una forma precisa con respecto a la posición de los anarquistas rusos frente a los acontecimientos y a los problemas de su pueblo, a lo largo de las fechas memorables y terribles de la historia de la revolución.

El año 1921 señala, por el contrario, el inicio de una posibilidad de examen de los acontecimientos de la revolución rusa, cuyos problemas ingentes habían tomado—en muchos casos—de sorpresa a todos, incluso a los anarquistas, imponiendo la improvisación de soluciones apresuradas a las que faltaba la base de las experimentaciones y estudios necesarios. El propio inicio de la revolución de octubre, con su profundo contenido social, se realizaba en forma y sentido que Marx—pretendido profeta de la revolución—había definido como negativa y contraria a un movimiento de ese género. Todas las realizaciones de aquellos tiempos eran apremiantes y provisionales. Sin embargo, aquellos que habían logrado apoderarse del aparato estatal se habían apresurado a «teorizar» sobre estas «improvisaciones». El material documental que los bolcheviques habían dado a la publicidad—sobre el que los estudiosos podían basar sus investigaciones y sus juicios—era escasísimo—. Y lo que es peor, tan decididamente parcial, de «motu proprio», que éste ofrecía una visión deformada y arbitraria de todos los acontecimientos.

Hasta el Congreso Internacional Anarquista, que se reunió en Berlín a fines de diciembre del 1921 y principios de enero del 1922, no se pudo tener una idea exacta de lo que habían sido las actividades y el rol de los anarquistas rusos en la lucha revolucionaria. Se obtuvo ésta sobre la base de un amplio informe presentado por Volin, y sobre la discusión que siguió al Informe, desarrollada entre él y Geizmman, representante éste de un grupo de Siberia que sostenía, en contradicción con Volin, la necesidad de continuar la colaboración con el gobierno bolchevique, no obstante las dolorosas experiencias recogidas y la continuidad en las detenciones y fusilamientos de los mejores militantes rusos.

Siguieron llegando, en aquellos años, los primeros informes auténticos, más o menos amplios y documentados, derivados de algunos viajes a Rusia, efectuados por parte de militantes anarquistas de varios países de Europa. Se publicó el primero en Francia, en «Le Libertaire», por parte del primero Vinker; después se conoció el relato de Agustín Souchy, en la prensa alemana, y el de Hugo Treni, que volvía entonces de Rusia, en la prensa de Italia. Pero es, sobre todo, después del inicio de la emigración de militantes rusos, cargados de documentación y de experiencia vivida, cuando comenzó a estarse informado con bastante claridad sobre la situación de los pueblos rusos, sobre la po-

sición adoptada por la élite dirigente del Partido Comunista para asumir el control del desarrollo de la revolución y sobre las condiciones del anarquismo en Rusia, después de las tentativas de tipo constructivo; de la revuelta de los campesinos en Ucrania; de la insurrección de los obreros y marineros de Kronstadt y de tantas otras acciones diversas y menores.

No son ya simples informes verbales, noticias llegadas al acaso, rumores que se infiltran a través de las fronteras. Las referencias son cada vez más amplias, más seguras, comprobables incluso. Y se establecen pruebas irrefutables acerca del régimen liberticida que, en Rusia, destroza implacablemente toda manifestación anarquista. Se van difundiendo a todos los vientos estos datos y precisiones por medio de libros, folletos y artículos de prensa. Podemos citar entre los primeros el opúsculo firmado—entre otros—por la propia Alejandra Kollontai (2), cuando en el seno del Partido Bolchevique se inicia aquella escisión llamada de «La oposición obrera», que es a la vez el título del folleto; otro opúsculo, de Rudenko, publicado en español, con el título «En Ucrania: La sublevación popular y anarquista» (traducción de una serie de artículos publicados en el periódico «El Trabajo Libre» (órgano de la Federación de Grupos anarquistas de Petrogrado, en octubre del 1919); un folleto de Radek, del 1920, en alemán: «Die Anarchisten und die Sowjetrepublik»; más tarde el libro lleno de coraje—verdadera requisitoria contra la reacción anti-anarquista del gobierno bolchevique—publicado en el 1923 por el grupo de anarquistas rusos exilados en Alemania y que apareció también en francés con el título de «Répression de l'Anarchisme en Russie Soviétique»; pueden agregarse aún «La Révolution Social» y «El Movimiento revolucionario de las masas populares en Ucrania», ambas obras de Anatol Görelík; los famosos artículos de Emma Goldman, publicados en la gran Prensa de Norteamérica y reunidos luego en un folleto; los de Berkman en alemán, en español e incluso en italiano: «La Rebelión de Kronstadt»; el importante volumen de Yarciuk, también sobre la revuelta de Kronstadt; el de Archinoff, sobre el movimiento machnovista, al que siguió otro del mismo Makhno sobre «La Revolución en Ucrania», etcétera.

Constituía todo esto una documentación todavía limitada, pero precisa, suficiente para poder valorar el esfuerzo de los anarquistas rusos en la pro-

fundización y afirmación de la revolución social, en su acción ejemplarizante al negarse a «esclavizar a las masas a su servicio exclusivo» (como corriente, organización o partido), cosa que desde un principio hicieron los bolcheviques.

En contraste, se conocieron también en la época numerosas publicaciones bolcheviques que trascendieron al mundo. Entre otros podemos citar el trabajo de Jakovlev: «Los anarcosindicalistas rusos ante el Tribunal del proletariado mundial»; el folleto publicado en español por Chernomordik (P. Sarianos): «Makhno y el Movimiento machnovista (Los anarquistas a la obra)»; el folleto publicado por la Alianza Libertaria Argentina: «Sobre la pretendida persecución de los anarquistas en Rusia»; y muchos otros que no citamos, como no citamos todos los nuestros (3).

En base a tal documentación, clara y difusa, podía extraerse ya alguna conclusión, quedando aún en el terreno de la crítica. Instruía sobre la acción desarrollada por los anarquistas en el pasado, en los años duros de la revolución. Pero no podía extraerse de esta documentación ninguna indicación acerca de lo que se debía o se podía hacer en el presente. Más tarde, una vez examinadas las conclusiones extraídas de una crítica más serena y razonada, se intentó pasar al terreno de la acción positiva, de reorientación y de afirmación.

Los acontecimientos derivados de la revolución rusa pesaron sobre la mentalidad militante hasta el punto de conducir a una revisión general de actuaciones y métodos orgánicos. El primer documento mediante el que los anarquistas afrontaron «ex-novo»—sobre la base de las experiencias rusas—el problema de la organización interna del movimiento y de su misión en el proceso de la revolución, fué publicado por el grupo de anarquistas rusos en el exilio con el título de «Plataforma de organización» (4).

Antes de que se publicase íntegramente la edición francesa de esta proposición, las ideas inspiradas en la «plataforma» eran ya conocidas, tanto por los anarquistas residentes en Francia como por los de otros países del mundo. La formulación de este proyecto de organización se había elaborado a través de varios años de estudio y de discusión en el seno de los grupos de prófugos rusos residentes en París. No era, pues, el resultado de una experiencia o de una exigencia puramente personal, sino la expresión de conclusiones colectivas. También su redacción representaba el esfuerzo de todo el grupo ruso, en el cual, en los últimos

(2) Alejandra Kollontai fué uno de los espíritus más contradictorios del partido bolchevique. Militante activa y abnegada, conoció la cárcel y el exilio en casi todos los países del mundo. Feminista destacada, se halló a la vanguardia del movimiento emancipador de la mujer. En tal sentido escribió algún libro y varios folletos anteriormente al 1917. En los principios de la revolución rusa fué miembro del Comité Central del Partido y Comisario del pueblo en la Asistencia Pública. Tomó parte en la elaboración de la primer legislación soviética sobre el matrimonio, los derechos de la mujer, el aborto, etc. Esta legislación fué abolida en el 35, volviendo Rusia a aceptar las normas «vulgares de la burguesía podrida». A. Kollontai formó parte de la «Oposición Obrera en Rusia». Pero en el 1922 inaugura la vergonzosa serie de capitulaciones políticas que tuvo como fin la extirpación de la «vieja guardia» del Partido. A partir del 1926 no ejerce otras funciones que las de embajadora, Ministro Plenipotenciario y otros cargos del mismo estilo, siendo alejada así de la vida política interna del Partido. Acaba de fallecer, en Moscú, a la edad de 80 años.—(N. del traductor).

(3) La Alianza Libertaria Argentina (A.L.A.) se constituye como consecuencia de una escisión producida en el seno de la F.O.R.A., como consecuencia de las polémicas surgidas en torno a la revolución rusa, el plataformismo y los métodos de organización. El grupo escisionista que constituyó la A.L.A. se hallaba patrocinado por García Tomás, elemento truculento, aunque activo y de grandes recursos. Fué ésta siempre una organización de vida limitada, de escasos adherentes, con reducida extensión en el país. Alguno de sus antiguos miembros forma hoy parte de la «Unión Sindical Libertaria», según hemos visto a través de algunas firmas que hemos tenido ocasión de conocer.—(N. del traductor).

(4) «Plateforme d'organisation de l'Union Générale des anarchistes». (Projet). París 1926, ediciones de la «Librairie Internationale Anarchiste», 32 páginas a la que va agregado un «Supplement à la Plateforme d'Organisation de l'Union Générale des Anarchistes», «Questions et Réponses». 15 páginas.

años (25-26-27), habían ingresado muchos jóvenes polacos. Cada palabra había sido analizada y discutida en el seno del grupo. De modo que, cuando el «Proyecto» vió la luz, se podía afirmar que éste resultaba ser el pensamiento preciso y analítico de todos los adherentes del grupo ruso, ya que el conjunto había tomado parte en su redacción, aunque se notase a través de sus líneas, el pensamiento y la mano de Archinoff. De aquí conviene examinar su particular y mayor importancia. A saber: que aún en sus más pequeños pormenores, el Proyecto de Plataforma había sido meditado y discutido ampliamente por un conjunto de militantes.

El citado folleto, de 32 páginas, se dividía en tres partes a las que se había agregado una introducción. Una parte dedicada a «Generalidades»; una segunda a la cuestión «Constructiva» y una tercera a la cosa «Organizativa». El apéndice de 15 páginas, de la edición francesa, redactado por Volin a un modo de preguntas y de respuestas, representaba el punto de vista de una fracción del grupo de anarquistas rusos que discrepaba del proyecto de organización propuesto por la mayoría del mismo grupo.

La introducción de la «Plataforma» sintetizaba una tentativa de definición en torno a la misión de los anarquistas en el proceso de la revolución. Entre otras cosas decía:

«Es muy significativo el hecho de que, a pesar de la potencialidad positiva que se desprende de la incontestabilidad de la idea anarquista; a pesar de la posición clara e integral del anarquismo ante los problemas de la revolución social; a pesar, incluso del heroísmo y de los innumerables sacrificios aportados por los anarquistas en su lucha por el establecimiento del Comunismo Libertario, el movimiento anarquista sigue siendo débil y, en la mayoría de los casos, no figura en la historia de las luchas obreras como un verdadero factor de impulsión, sino más bien como un menguado elemento episódico,

»Esta contradicción entre el fondo positivo e incontestable de la idea anarquista y el estado miserable en el que vegeta el movimiento libertario, halla su explicación en un conjunto de factores, entre los que puede contarse como el más importante el de la ausencia de toda práctica organizativa y ordenada, en la marcha y en el haber del mundo anarquista.

»En todos y cada uno de los países, el movimiento libertario es apoyado por alguna que otra organización local, cada una de las cuales profesa una ideología y una táctica contradictorias, sin continuidad en la obra, sin perspectivas serias para el porvenir, que desaparecen de pronto sin dejar ni el menor rastro.

»Si examinamos en conjunto la situación actual y general del anarquismo revolucionario, no podremos calificarla de otra manera que como el exponente de una «desorganización crónica».

»Al modo de la fiebre amarilla, la enfermedad de la desorganización se ha apoderado del anarquismo, le diezma y le sacude año tras año.

»No puede dudarse el que esta desorganización encierre en sí misma cierto defecto o falla de orden ideológico. Reside, sobre todo, en una interpretación falsa de lo que ha de ser el principio de individualidad en el anarquismo, ya que este principio es muy a menudo confundido con la au-

sencia de toda responsabilidad. Los partidarios y amantes de la afirmación de su propio «yo» en vistas a un goce puramente personalista, se aferran obstinadamente al estado caótico del movimiento anarquista, y para defender y mantener esta situación se reclaman partidarios «de los principios inmutables del anarquismo y de sus maestros».

»Sin embargo, tanto los principios inmutables, como los maestros, dicen en esencia todo lo contrario.

»La dispersión es la ruina. La unión estrecha es el signo de la vida y de su desarrollo. Esta ley ineluctable de la lucha social es igualmente aplicable a las clases como a los partidos.

»El anarquismo no es una bella fantasía, ni una idea de filosofía abstracta: es el movimiento social de las masas laboriosas. Por esta misma razón debe reunir sus fuerzas en una organización general y permanente, como lo exigen la actualidad y la estrategia de la lucha entre las clases sociales.»

«...En general casi todos los militantes del anarquismo han combatido las acciones desperdigadas y han pensado en un movimiento anarquista fundido de por sí y entre sí en la unidad finalista y táctica.

»A partir del 1917, durante los años de la revolución rusa, la necesidad de una organización general se comenzó a sentir más clara, más imperiosamente. Fué en el curso de esta revolución que el movimiento libertario manifestó, en grado más agudo, la dispersión y la confusión. La ausencia de una organización general impulsó a muchos militantes anarquistas a lanzarse en los brazos de los bolcheviques. Y fué la misma causa la que obligó a un estado de forzada inactividad a muchos militantes más, impidiendo la completa aplicación de sus fuerzas que, muy a menudo, eran de una notable importancia.

»Sentimos la necesidad vital de una organización que, agrupando a la mayoría de los participantes del movimiento anarquista, establezca en el anarquismo una línea general de actuación para todo el movimiento.»

«A nuestro modo de ver, el único método que puede conducirnos a la solución del problema organizativo general reside en la unión de los militantes activos del anarquismo sobre la base de tesis precisas de carácter ideológico, táctico y organizativo. Es decir, sobre la base de un programa homogéneo más o menos definido.

»La elaboración de un programa semejante es una de las tareas principales que la lucha social de estos últimos años impone a los anarquistas. Y es a esta obra que consagra la mayor parte de sus esfuerzos el grupo de anarquistas rusos en el exilio.

»La Plataforma de Organización que publicamos a continuación, representa las grandes líneas que fundamentan el armazón de un programa semejante. Esta deberá servir a modo de primer paso hacia la unión de las fuerzas libertarias, agrupadas en una colectividad única, revolucionaria, activa, capaz de obrar: **La unión general de los anarquistas.**»

Estas ideas, luego de haber sido conocidas y discutidas en los grupos, provocaron polémicas apasionadas a través del mundo. En pro y en contra del Proyecto se manifestaron las personalidades más destacadas del movimiento anarquista internacional, como Malatesta, Galliani, Nettleau, Fabri, Faure, etc (5). Cuando el ambiente se caldeó con estas discusiones hasta el punto de que el movimiento anarquista se hallaba a punto de escindirse internacionalmente en «plataformistas» y «anti-plataformistas», el grupo de anarquistas rusos intentó dar el paso definitivo, desde la predicción teórica a la realización práctica de su proyecto, tratando de actuar mediante los principios organizativos por ellos pregonados y extendiendo su práctica desde el campo nacional e internacional.

Con tal fin, el 5 de febrero del 1927, enviaron la invitación para una Conferencia preliminar a numerosos grupos e individualidades de nuestro movimiento, pertenientes a diversos países y que a la sazón habían afluído en Francia. Leíase en la carta-invitación:

«El Grupo de Anarquistas Rusos supone que vosotros conocéis el proyecto de su «Plataforma de Organización» y que os habéis formado una opinión precisa sobre sus diversos puntos. Por el carácter de la «Plataforma» habréis comprendido el objetivo deseado, que tiende a la creación de una «Unión general de los anarquistas». Pero esto no es más que un primer paso. El segundo debería ser la extensión a los cuadros internacionales, del trabajo correspondiente al sentido indicado.

»Consideramos como necesaria la creación de un Secretariado Internacional Anarquista, que habría de basarse en los puntos principales de nuestra Plataforma y que debería proseguir la finalidad de

propagar y realizar la idea de la organización anarquista (en el sentido y forma de la Unión general de los anarquistas), apoyada e inspirada en los principios de la lucha de clases, del anarquismo comunista, etc.

»A fin de constituir este Secretariado, es necesario que los compañeros que se hallen en conformidad con estas ideas se pongan de acuerdo en la interpretación común de los puntos principales expuestos en nuestra Plataforma, como asimismo en los siguientes puntos:

1.º Finalidad e importancia del sistema anarquista en la lucha de clases.

2.º El comunismo anárquico como base y finalidad de nuestro movimiento.

3.º El sindicalismo, observado como uno de los medios de lucha de clases de carácter revolucionario, que debe ser particularmente influenciado por el anarquismo.

4.º Un programa positivo para el día siguiente de la revolución social.

5.º Necesidad, en cada país, de una organización general de los anarquistas, sobre la base de la unidad ideológica y táctica y sobre la responsabilidad colectiva.

»Para deliberar en torno a los puntos más arriba mencionados y con el fin de constituir un Secretariado Internacional Anarquista, concebido en el sentido expresado en los párrafos anteriores, el grupo de anarquistas rusos os invita a una reunión que tendrá lugar el sábado 12 de febrero, a las 18 horas en el número 62 de la rue de la Roquette.

El Secretario del Grupo,  
P. Archinoff.

P. S.—El Grupo de los Anarquistas Rusos ha enviado una invitación análoga a los anarquistas de diversas lenguas que, como vosotros, se hallan de acuerdo con la idea de la organización anarquista.»

Ugo FEDELI

(Traducido del italiano por Ildefonso.)

(5) Trátese de ver, entre otros, el folleto de 32 páginas que fué publicado en París, en las ediciones del «Groupe d'Etudes Sociales», sobre «La Organización y la Anarquía» en el que se reúnen algunos artículos de Malatesta, Nettleau y Galliani. Estos artículos habían aparecido ya en la prensa francesa e italiana. El folleto presenta también un prefacio de los editores.

Era Córdoba, la ciudad de Addurrahmán, la Meca de Occidente, la que fué maestra del género humano, la vieja andaluza, que aun se engalana con algunos restos de su antigua grandeza; todavía hermosa, a pesar de los siglos guerreros que han pasado por ella; ya sin Zahara, sin academias, sin pensiles, sin aquellas doscientas mil casas de que hablan los cronistas árabes; sin califa, sin sabios, pero orgullosa aún de su mezquita catedral, la de las ochocientas columnas; triste y religiosa, habiendo sustituido el bullicio de sus bazares con el culto de sus sesenta iglesias y sus cuarenta conventos; siempre poética

y no menos rica en la cadencia cristiana que en el apogeo musulmán; ciudad que hasta en los más pequeños accidentes lleva el sello de los siglos; tortuosa, arrugada, defendiéndose de la luz como si quisiera ocultar su vejez; escondida en sus interiores donde guarda innumerables maravillas y siempre asustada al paso del transeúnte; protectora de los enamorados para quienes ha hecho sus mil rejas y ha oscurecido sus calles; devota y coqueta a la vez, porque cubre con sus joyas las imágenes sagradas, y se engalana y perfuma aún con los jazmines de sus patios.—BENITO PEREZ GALDOS.

# EL ESCRITOR Y LA POLITICA

## II



volvemos a nuestro examen histórico, veremos este cuadro mucho más claramente. Fué con el advenimiento de los partidos revolucionarios disciplinados, en tiempos de la Revolución Francesa, que el rompimiento entre los grupos intelectuales y políticos llega a ser evidente. Los jacobinos aspiran a un Estado autoritario bajo una dictadura de partido, imponiendo uniformidad de opinión, y sus asociaciones políticas tendían a tomar el mismo carácter dogmático y autoritario.

Previamente, la estructura de los grupos y partidos políticos había sido suficientemente floja para admitir una amplia libertad de opinión. El Dr. Johnson podía decirse «tory» y al mismo tiempo atacar al patriotismo y a la esclavitud. Pero las sociedades jacobinas tendían progresivamente hacia un código de opinión establecido. Una desviación de este código se consideraba herética. Godwin, dándose cuenta de esta tendencia, se mantuvo alejado de los principales grupos políticos organizados. Trabajó por el cambio social, cooperando individualmente con los otros individualistas. En su «Political Justice» hace una exposición bastante clara de sus objeciones a las asociaciones políticas, distintas a las de los pequeños grupos de individualistas libres.

«Si alguna vez los desinteresados y cándidos círculos de los investigadores fueran absorbidos por el golfo insaciable de las ruidosas asambleas, la oportunidad de una mejora sería aniquilada instantáneamente. Las alegres variedades de sentimientos que tan eminentemente contribuyen a la sutileza intelectual, se perdería. La actividad de pensamiento es encadenada por miedo a que nuestros asociados nos repudien. Se presenta una falsa uniformidad de opinión a la cual nadie se acerca por convicción, sino que ésta arrastra a los hombres con una fuerza irresistible. Los clubs, en el sentido antiguo inglés, es decir, las reuniones periódicas de círculos independientes, se puede admitir y caen dentro del círculo de estos principios. Pero éstos dejan de ser admisibles cuando se unen con los tremendos estatutos de confederaciones y comités de relaciones. Los seres humanos se reunirán no para imponer la fuerza, sino para investigar. La verdad repudia la alianza de muchedumbres disciplinadas».

Godwin admite que podría ser necesario asociarse en multitud de ocasiones especiales al objeto de conseguir un objetivo determinado. En situaciones críticas él mismo cooperó voluntariamente con otros radicales, como cuando jugó un papel principal en contrarrestar al gobierno durante el proceso de Estado contra miembros de la London Corresponding Society. Pero sostuvo que tales alianzas serían temporales y no sería permitido que éstas tomaran asiento en las asociaciones con código permanente, determinando el pensamiento ideológico que cada uno de sus miembros debería sustentar.

Las advertencias de Godwin estaban bien fundadas. Los miembros de las sociedades políticas que se inspiraban en ideas de Godwin cuando les parecía, le ultrajaron por su condena de la asociación permanente, y durante el desenvolvimiento político del siglo XIX, las ideas de estas sociedades ganaron ascendencia con resultados fatales para el bienestar social de Europa.

Fué con el nacimiento de las sociedades secretas de los blanquistas y, después, de los partidos marxistas, que la actividad política asumió el carácter que mantiene hoy. Estos partidos aspiraban a ser grandes grupos disciplinados, los cuales alcanzarían el control de la sociedad a través de un forzado «coup d'état», o por el peso del número en campaña electoral. Para realizar esto estimaban necesario tener no sólo un marcado objetivo común, sino también un medio uniforme para alcanzarlo.

Se esperaba que los miembros de partidos pensarán, creyeran y obraran todos en el mismo sentido. Los fundadores y líderes impusieron sus ideas a sus correligionarios, y después, estas ideas fueron cristalizando en sistemas dogmáticos que ataban el pensamiento de los adherentes al partido. Estos sistemas de pensamiento político llegaron a ser muy penetrantes, de manera que si un hombre entraba en un partido, se esperaba que éste, automáticamente, pensase lo mismo que sus correligionarios sobre un gran número de cosas. En el mejor caso, todo individuo tenía que amoldar sus ideas a las de la mayoría. En el peor, tenía que aceptar el *ukase* o las consignas de un comité central quien, a su vez, podría estar dominado por un político, cuyas ideas trataba de introducir como si fueran mandatos del partido mismo.

Los efectos de tales circunstancias en la integridad de la vida política y de los individuos envueltos en ella fueron desastrosos. Un hombre que deliberadamente acepta la dominación de otro, pierde pronto el sentido real de la verdad. Lo mismo ocurre al hombre que impone a los otros sus propias ideas. La falsedad en la vida social, cínicamente administrada por los líderes políticos y ciegamente aceptada por los incautos, era el resultado inevitable de tal circunstancia.

La técnica de propaganda adoptada por los nuevos partidos, y la necesidad de alcanzar el más bajo común denominador por el que las ideas de éstos puedan ser administradas a una gran mayoría de la población, conduce a un nuevo debilitamiento de la verdad por la introducción de generalizaciones blancas y negras y por el reemplazo de hechos y argumentos razonados por el mito, la consigna y el símbolo. Los partidos políticos, como las iglesias, empezaron a jugar mayormente con las emociones, a usar símbolos a fin de inducir a la gente a aceptar sus dogmas políticos en el mismo sentido que las iglesias los usaban para conseguir la adopción de sus dogmas teológicos. El uso del símbolo y del mito por los grupos políticos del ala izquierda es un problema que merece un estudio detallado, pero esto conduciría muy lejos del curso principal de nuestro asunto. Basta decir que el intento para alcanzar una uniformidad de pensamiento y los métodos de propaganda usados por los políticos, han conducido a la aceptación de generalizaciones que toleran la falsedad, y un intolerante sectarismo intelectual para cualquier clase de pensamiento que no se amolde al patrón rígido de la ortodoxia dogmática.

A esta tendencia hacia la falsedad debemos agregar la corrupción de la actitud moral que resalta de la constitución jerárquica de la mayoría de los grupos políticos. Tal forma de organización da oportunidad de poder «interno» cuando el partido no está gobernando; «externo» cuando gobierna. Este poder, y los privilegios inherentes a él, imposibilita in-

cluso al más sincero de los líderes políticos el permanecer honesto completamente en sus acciones. Cuando está en la oposición, no le interesa tanto la exposición de la verdad como las tácticas a emplear para ganar el poder. A este fin se subordinan todas sus acciones. El bienestar de la humanidad, al que rinde tributo de boca, está arrinconado hasta que la lucha por el poder ha terminado. Su propia autoridad dentro del partido es justificada en el fundamento que sólo guardando su estructura disciplinada, puede un partido esperar ganar la posición donde sus ideales para ayudar a la humanidad pueden ser realizados. Cuando, empero, el líder ha ganado el Poder, sus ideales nunca son realizados. Poder y privilegio son muy agradables y prestos a corromper a aquellos que los han buscado por largo tiempo. Por otra parte, aquel que los posee está sujeto a la rivalidad, y por fuerza o fraude, debe luchar para retener su posición. Lucha por conservar el Poder y con él aumenta su propia preocupación. Esto se advierte en el principal objetivo. La excusa es que debe preservar de posibles ataques, los ideales y la libertad por los que siempre ha luchado. Pero en realidad esto no se realiza nunca, mientras que la falsedad y la tiranía crecen en nombre de ellos. Este es un progreso libertino seguido por todos los líderes políticos. Su éxito en ganar y conservar el Poder depende, no de su honestidad de principios, sino de sus facultades de fraude y crueldad. En política, el embustero más astuto, el irascible batallador derrotará siempre al hombre cuyas acciones están inspiradas por principios tales como la verdad, la justicia o la libertad. En consecuencia, los movimientos políticos, inevitablemente, llegan a ser dominados por hombres cuyas acciones están gobernadas más bien por conveniencias que por principios. Un líder es escogido por su habilidad en las maniobras políticas, no por su rectitud moral, y en las discusiones las tácticas de los partidos son más estimadas que la moralidad.

Así, los principios sobre los que una sociedad libre y armoniosa puede ser construida, y con la que el verdadero intelectual está interesado y guiado en general, no se encontrarán en los grupos políticos. El deseo de poner uniformidad dentro del grupo tiende a destruir el juicio honesto e independiente. La necesidad de la propaganda incita a aceptar algo menos que la verdad exacta, la cual pronto se aproxima a una tolerancia de la falsedad. La necesidad táctica de la lucha por el Poder y la estructura jerárquica interna del partido, tienden a descartar la necesaria moralidad de las relaciones humanas, a afirmar el fraude político, la intolerancia y la supresión de la oposición. Todos los partidos se desenvuelven en este ambiente de falsedad que caracteriza la lucha por el Poder. Ello es la consecuencia inevitable de estructuras y métodos, y nadie que aspire a una amplia medida de uniformidad interna está libre de ellos. Inclusive los grupos anarquistas, cuando han llegado a ser grandes movimientos organizados, interesados mayormente en la táctica de la lucha y la propaganda de generalizaciones, símbolos y consignas, han sufrido en algún grado estos defectos, y han llegado a ser proporcionalmente menos valiosos como agentes del anarquismo de lo que ellos mismos deseaban.

Unos años de preocupación por el problema de alcanzar la justicia social, y de trabajo práctico hacia ese fin en unión de grupos políticos y revolucionarios, me han llevado a aceptar las ideas de Godwin referentes a partidos y asociaciones. La sola clase de grupo que no está sujeta a corrupción o a pedir de sus hombres, al menos, alguna dejación de sus juicios privados, es el pequeño y flojamente conectado grupo de individualistas, cuyo objeto es la indagación y la publicación de la verdad social. Y en verdad ésta es la sola clase de grupo que es realmente necesaria para la consecución de la libertad. Fundamentalmente, el problema de la revolución social es un problema de educación. Cuando el pueblo haya comprendido la necesidad de la libertad, actuará y luchará en cooperación espontánea sin organización política perma-

nente que lo dirija. Pero por otra parte, el pueblo no comprenderá esta necesidad sólo a través de la enseñanza social.

Aquí llegamos a un límite más amplio de la perspectiva política. Generalmente, el propagandista social más sincero, ve solamente una faceta muy limitada de la verdad; la verdad tal como afecta a los hombres que viven en sociedad. Por esta razón él trata de encontrar causas sociales externas y remedios para cada mal. Pero el universo, y el hombre también, tienen muchos más aspectos que aquellos que los sociólogos afrontan. El hombre es un ser social sólo por defecto. Sus cualidades más importantes son individuales, y las sociedades llegan a vivir en tanto contengan individualidades. Los anarquistas han remarcado con razón en sus enseñanzas, si no siempre con su actuación, el valor supremo del individuo por encima de la sociedad. El significado de este corolario es que el hombre está gobernado por leyes que no son completamente sociales. O más bien, tal vez, que las leyes y principios que gobiernan la sociedad deben ser transmitidas a través del hombre individualista, y debe ser parte del sistema de principios que ese hombre abriga y no de los externos de la sociedad. Esta actitud no presupone la existencia de un Dios personal, sino que considera la existencia de una unidad de ley natural a través del universo. Esta se manifiesta en el hombre justamente como se manifiesta externamente en la armonía de la naturaleza. El objeto de este ensayo no es estudiar las deducciones filosóficas de tal creencia. Es meramente para hacer notar que la sociedad no llegará a ser armoniosa solamente por el desenvolvimiento social, sino en tanto los hombres no encuentren armonía en sí mismos. El problema social es fundamentalmente un problema a resolver por cada hombre personalmente. La sociedad será libre sólo cuando cada individuo comprenda su propia armonía; integrar, sólo cuando cada individuo llegue a integrarse a sí mismo. El anarquismo es solamente una enseñanza social secundaria. Su objeto principal es la comprensión en el individuo de su propia naturaleza. Y por esta razón podría ocurrir muy bien que aquellos que están interesados en el estudio del hombre como individuo y que desean hacer claros los principios que se originan en los hombres, contribuyan tanto hacia la eventual anarquía como aquellos cuya preocupación se cifra en primer lugar en el hombre como ser social. Por ejemplo, es probable que un psicólogo como Jung o Erich Fromm, que hacen de la libertad una realidad interna, puedan dar tanto al futuro de la armonía del género humano como el teórico social que aspira a hacer de la libertad una realidad externa.

Desde este punto de vista, soportaríamos mejor a los que pretenden que la paz social vendrá solamente de un «cambio del corazón» del hombre. Pero esto no quiere decir que el desenvolvimiento social tenga que ser desatendido. Realmente la dualidad de individuo y sociedad, es en gran parte quimérica, como lo es cualquier otra fragmentación de la vida. Tal vez la aproximación más efectiva al problema del futuro de los hombres sea aquel que reconoce el sentido interno que debe gobernar las acciones de los hombres y al mundo exterior donde aquellas acciones pueden ser establecidas sin perturbar la armonía social. Pero es obvio que tal comprensivo parecer no puede conseguirse dentro de los límites de movimientos políticos cargados de dogmas.

Las más valiosas reflexiones sociales han sido siempre hechas fuera de los límites de las organizaciones sociales, por escritores y filósofos individualmente. Estos hombres fueron capaces de hacer esto precisamente porque pudieron enfocar la sociedad de una forma destacada y aplicarle no el criterio que les había sido impuesto a través de credos externos, sino por las medidas que ellos habían ensayado por cuenta propia. El ejemplo de Tolstoy, Godwin, Kropotkin, John Stuard Mill, Gerrad Winstanley, muestra que el escritor individual puede jugar una parte más importante en la evolución social que el político o políticos embaucadores. La misma naturaleza de los grupos políticos como hemos visto,

imposibilitan al escritor permanecer dentro de los mismos y conservar su integridad. Debe separarse y hacer lo que pueda individualmente, o quedarse, degenerarse en la inanición y la corrupción de escritor alquilado al partido.

No obstante, el escritor forzado a la actividad política organizada, no es necesario llegue a ser socialmente inútil. Verdaderamente, como hemos demostrado ya, como individuo, puede hacer más por la realización de una verdadera revolución en la naturaleza básica de la sociedad. Este hecho ha sido ignorado por mucha gente porque la actividad social de nuestro tiempo se ha convertido en la obligación usurpada por el partido político. Se comprendió tan poco por los escritores ingleses de 1930, que una vez cesaron de asociarse con los grupos políticos, abandonaron su deber para hablar como personas socialmente articuladas. Ciertamente no atinaron a comprender que cada palabra que hablaran como individuos valdría más que diez de las que hablaran como miembros de partidos o como simpatizantes de los mismos. El límite que alcanzaron en su esfuerzo para establecer el deber de escritor a proclamar principios, es marcado por Esender en un ensayo sobre «El arte creador de nuestro tiempo».

«En un mundo de transición, en el que los principios y normas del pasado están dando paso a nuevas normas, hasta el significado de las palabras se pierde en provecho de los anunciantes y gobernantes que no tienen otro objeto que el de situar sus propios intereses en el lugar más beneficioso. Palabras con sentido concreto han sido usadas tantas veces con intenciones completamente contradictorias, finalmente la palabra pierde todo su significado y la idea concreta corre el peligro de perderse, o ser considerada como un sinsentido. La tarea del poeta es organizar las palabras en tal sentido que su significado sea claro e inconfundible. Se traiciona esto si el poeta se hace cargo de la propaganda de los partidos políticos y emplea palabras con falso sentido. Si se permite que el significado de las palabras llegue a perderse, se pierde el vivo sentido o queda descartado éste del que tenía en contextos anteriores, en los que se expresaba algo real.»

Esto es excelente hasta este punto. La preservación del sentido real de las palabras e ideas hemos demostrado que es necesaria para cualquier movimiento de pensamiento que pudiera afectar decisivamente el desenvolvimiento social y moral de la humanidad. Separarse de la falsedad y exponerlo en escritos y pensamientos es un obvio deber del escritor sincero. En verdad, es el solo deber en el cual se puede decir incurre. Y en tanto que defiende la verdad en no importa qué reducido campo, contribuye a socavar los cimientos de la mentira y de la injusticia. Hazlitt alardeaba que

él «nunca escribió una línea que lamiera el polvo». Si no hubiera hecho más que eso, si no hubiese escrito en sentido social positivo, su osada expresión de la verdad, dondequiera que la encontró, hubiera sido un desafío a la autoridad y hubiera servido un fin revolucionario.

Sin embargo, mientras el deber del escritor está tal vez limitado a la adherencia a la sinceridad y a la verdad, en cualquier cosa que él escriba, tiene la posibilidad, si quiere, de hacer mucho más. Pues es el escritor quien puede expresar más fuertemente aquellos principios íntimos que hemos visto y son la base de la vida social así como de la individual. Es el escritor quien puede examinar el corazón del hombre y expresar las leyes naturales que rigen la vida, la armonía universal sobre la que se pueden edificar la libertad y la justicia. Su trabajo no es necesario que sea filosófico. Puede escribir sobre la más humilde función o relación de la vida, y aun escribir con vitalidad, si observa sinceramente su propio valor. No necesita escribir una literatura fina o sacar sus pensamientos de un gran archivo. Si siente la necesidad de abandonar sus primeras normas literarias, como hizo Tolstoy, a fin de escribir humilde y simplemente para ser inteligible a hombres y mujeres ineducados, entonces está justificado que siga tal impulso. Lo que no está justificado es escribir obedientemente, de acuerdo con cualquier credo, como hacen los escritores que actúan al dictado de partidos políticos.

Hoy estamos tal vez muy tristemente persuadidos de la clase de política a desear para reclamar como Shelley, el dudoso honor de ser los legisladores del mundo. La tarea del escritor no es la de hacer leyes o elaborar dogmas. Es la humilde tarea de comprender la verdad y retratarla. Es una tarea de revelación, y la revelación verdadera no es más que persuadir a los hombres de las leyes naturales y armoniosas que existen en ellos.

Esta función no quiere decir que el escritor se mueva fuera de la cruda realidad de la vida. Al contrario, son estas crudas realidades las que deben explicar y dar significado. Tampoco les confiere, en ningún sentido, un palio de «escogidos» o «elegidos». El escritor es un hombre a quien le han dado al nacer, por circunstancia, un feliz don de expresión por el cual puede comunicar al prójimo lo que ha ganado en sabiduría. De acuerdo con Coomaraswamy, cada hombre es un artista. Cada hombre, potencialmente al menos, está en posesión de algún discernimiento. El escritor no puede dar nada, sólo puede despertar lo que ya ha sido dado.

**George WOODCOCK**

*(Traducido del inglés por Juan Ruiz).*



# DILEMAS DE NUESTRO TIEMPO

## Cesarismo o anarquía



¿Es fatal el progreso? ¿Lo es la ciencia? ¿Lo es la «clase»? ¿Es fatal la anarquía? El aserto de Bovio, «hacia la anarquía va la historia», parece que quiere decir «duerme tu sueño tranquilo, anarquista, que la anarquía es fatal». En el fondo, Bovio, después de una crítica vertical de todos los sistemas de

gobierno, después de haber establecido que güelfo o gibelino, jacobino o de la Gironda, en manos de éstos o de aquéllos, de pocos o de muchos, el Estado es siempre la máquina de la opresión, no quiere poner el dilema que había puesto Proudhon, «cesarismo o anarquía», y concluye que la humanidad sabrá liberarse, y de ahí, hacia la anarquía irá la historia.

Excluyendo la recaída en el cesarismo, queda siempre veraz la profecía boviana; pero el evento de la democracia, también hoy, después de una orgía de totalitarismo que ha ensangrentado el mundo, da aquí confianza de que la democracia había realizado algo y que no labora, como en el pasado, en pro del cesarismo.

Precisa, pues, renunciar a la vigilancia activa, porque hacia la anarquía va la historia.

Aquí digo: ¿Pero también vosotros caéis en la metafísica de los adoradores del Estado, atribuyéndole los atributos del hombre? Hacéis como el hombre que inventó a dios y lo quiere a su modo; inventáis que el Estado sea el creador de los vicios y de los defectos, de las ruinas, de las brutidades, que son en el fondo el producto del hombre.

Ciertamente, si no existieran los hombres infames, mezclados a la prehistoria, no sería posible la monstruosidad que revelamos cuando hablamos del Estado. Pero cuando se piensa en quien da una orden para la bomba atómica, es necesario pedir excusa a la prehistoria. Hay que poner atención al reverso de la medalla: si no existieran los hombres pacíficos, laboriosos, amorosos, estudiosos, idealistas, artistas, etc., si estos hombres «humanos» constituyeran la gran mayoría sobre los bandidos estatales, no tendría éxito el bandidismo. Parece un absurdo pero es así: a la tiranía le es fácil la tarea porque somos hombres buenos, hombres pacíficos y somos la gran mayoría. Lo cual es prometedor para un mañana de vida pacífica e igualitaria. Era el argumento (absurdo para el que se llama anarquista) de los superindividualistas de hace cuarenta años: que se convirtieran todos los hombres en brutos para no hacerse dominar.

Nosotros éramos acusados de cristianos porque oponíamos que es necesario enseñar a los débiles a rebelarse y a todos a no imponerse, a «no» querer dominar, que también somos débiles, que a fin de cuentas no somos inferiores sino superiores, como era superior Arquímedes a los soldados romanos que lo asesinaron estando absorto en su estudio.

He aquí los hombres pacíficos, de buena fe, de esperanza, de alegría moral, tal vez de honesta religión, sorprendidos por una banda de brutos armados que quieren la piel, el dinero y el cerebro en prenda. Pobres víctimas. Hay muchos en el arte del pólipo, el cual se presenta siempre como un mal menor en frente de un mal mayor, que se ha querido, se ha creado, como el incendiario de la propia casa que espera la prima del seguro. Acaben con dividirse entre ellos, en resignados, malcontentos tremendos, cómplices pagados, rebeldes que quieren reemplazar al amo, rebeldes que quieren toda suerte de amos. Pero la máquina de la opresión marcha a toda presión. Es demasiado tarde para pararla. La gran mayoría de los hombres presionan (?) separadamente, y en su vida común no serían capaces de producir la cantidad de los males que una pequeña minoría que dirige la máquina de la criminalidad del Estado consigue producir. Es necesario, en vez de mejorar al hombre, mejorar su cualidad de ser sociable; acrecer su poder de rebelión; pero es necesario tender a la supresión de la máquina y de la oficina del mal: el Estado.

Si os proponéis hacer la suma de las maldiciones que los hombres han mandado contra cualquier Estado a través de los siglos y a través de las generaciones de nuestro tiempo, encontraréis que ningún Estado ha conseguido nunca hacerse amar; que todos son Estados malos sin excepciones, que todos los hombres, en un sentido genérico, fueron anarquistas.

¿Cómo se puede, pues, andar a la busca de la fuente original del anarquismo? El pretexto de querer asegurarse del estado civil de la historia, de la paternidad de la anarquía, es un hallazgo muy de este tiempo. No se ha discutido nunca en el pasado. ¿Por qué se insiste tanto hoy en este argumento? ¿Por qué se quiere meter el anarquismo junto a las otras «fatalidades»? Sin esta o aquella forma de producción no se hubiera hablado del anarquismo. Era fatal que se hablase de él una vez entrados en la época de la máquina y de la gran industria. Y aquel adorno de experiencia descubre los muslos a la historia y dice que en el país de mayor maquinismo y de mayor industria el anarquismo hace menos fortuna. La Alema-

nia de después del setenta fué el país del humo, del hierro, del carbón, de la clase, y fué el país en el cual el anarquismo pudo menos desenvolverse.

La América se divide en dos grandes Américas. La latina es menos industrial y más anárquica que la nórdica. Norteamérica es la maravilla del mundo en cuanto a máquinas. Porque en cada casa se puede lavar, desempolvacar, escribir, ver, coser eléctricamente. Precisamente por eso, el anarquismo es allí desconocido. El anarquismo no es una invención o un descubrimiento. El descubrimiento de un viejo mal—secular—y de un antiguo remedio. El tiempo no ha hecho más que madurar los medios de lucha contra aquel mal y por aquel remedio. De aquí el anarquismo específico, el movimiento anárquico.

Después de todo, ¿qué es un movimiento anárquico? Es el instinto, dicen unos. Es la ciencia, dicen otros. El instinto es ciertamente una fuerza, una condición de fuerza. Un tipo paradójico me decía que el mundo está dividido en... dos mundos: el que bebe cerveza y el que bebe vino. Puesto que el vino indicaba la potencia del sol, puede que se acercara en algo a la verdad. La indisciplina instintiva, el desprecio de curas y militares. Habéis encontrado a su madre en este momento: la indisciplina.

La ciencia fatal se puede entender en el sentido de la rebelión y como muelle de la vida. Pero lo repito, ahora hagamos depender la ciencia de la revuelta, no la revuelta de la ciencia. Y esta es la verdad. Iríamos muy lejos si quisiéramos indagar si era como científicos o como rebeldes que los herejes iban a la hoguera. Es cierto que eran antes que nada rebeldes. Tanto es verdad que frecuentemente estaban en el error los curas que los tostaban, y estaban en el error los herejes en sus especulaciones, que ayudaban a la primera investigación de la ciencia; estaban imbuídos de supersticiones y de **bigottismo** herético en abundancia.

Como quiera que en las sagradas escrituras estaba presente todo el sistema de dominio eclesiástico y estatal, el ataque a las sagradas escrituras prevé el ataque de la ciencia contra el oscurantismo; pero más tarde la rebelión debió tomar otro camino y apuntar a otro objetivo. Entonces, la ciencia, en plena madurez, se convierte en la criada del Poder.

El anarquismo, hijo de la revuelta, como la ciencia, continúa siendo la rebelión, con la ciencia, sin la ciencia o contra la ciencia. O bien contra los científicos, convertidos en los sacerdotes laicos del Estado. Pedro Kropotkin, en la primera página de su estudio sobre la ciencia moderna, insiste sobre este asunto: «No es precisamente de un

descubrimiento científico ni de un sistema filosófico que la anarquía tiene su origen»...

El primer hombre piensa, ríe, ruega, amó, o creó un medio de regocijo, de asociación; desde aquel día, en la profundidad insondable y negra de los milenios, entró en acción un factor nuevo, potente y creador. Desde entonces empieza la rebelión del hombre.

Establecida esta verdad fundamental de la agitada revuelta del pensamiento libre, buscad en qué **clase**, en el diverso tiempo secular—y también hoy bajo vuestros ojos—ha radicado mayormente este espíritu de liberación. Un reducidísimo número de profesores se rebelaron al juramento de obediencia reclamado por el fascismo. Es verdad. Pero quince millones de votos proletarios, en la patria de la clase de Carlos Marx, fueron a las urnas—que tanto habían servido a la socialdemocracia—para exaltar al omnipotente Hitler.

Rodolfo Rocker, que no desprecia la lucha proletaria, llamada también «de clase», en oposición a la colaboración gubernamental o al reformismo o masonismo del pasado, escribe que la palabra «clase» «no constituye en el mejor caso sino un concepto de clasificación social, que puede ser válido en determinadas circunstancias. Ni Marx ni otros son capaces de determinar el límite de una definición exacta. Pero el mayor error es el de atribuir a una clase determinada cierto destino histórico y convertirla en representante predestinada de cierta corriente ideológica».

El concepto material de clase adquiere cierto sentido coherente en el marxismo, porque se trata de derribar la escala del Estado con el Estado socialista a sus grupos.

No esterilicemos la idea en su base. Y no fecundemos la ilusión del gobierno de clase como una autoridad beneficosa.

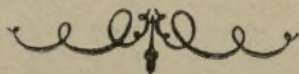
Hoy, cuando el principio de autoridad, aureolado también con la gloria de revoluciones recientes, avergüenza al hombre libre hasta de respirar el mismo aire de los compañeros «antifascistas» de ayer; hoy, cuando los árbitros del gobierno han dado más armas a la fuerza que todos los Loyolas del mundo; hoy, escuchar los sermones del sufragio, de la autoridad benéfica, haría desaparecer el buen sentido de los hombres.

Para que una idea arraigue, para que no contenga el germen del propio raquitismo, debe ser llena, rebosante... Más volcán que humo de pajas.

Fuera del limbo. Hoy truena aun la protesta de Proudhon: «O cesarismo o anarquía. Eligid.»

Armando BORGHI

(Tradujo del italiano J. P.)



# ESCEPTICISMO Y PORVENIR SOCIAL



N la Edad Media, como antes y después, se fomentaron guerras, se practicó el comercio de esclavos, se amasaron fortunas con el saqueo y con la especulación, se oprimió políticamente y se explotó económicamente a los pueblos. Cuando Venecia, a partir del siglo IX, comenzó a exportar a los harenes de Egipto y de Siria las esclavas que capturaban o compraban en la costa dálmata, o cuando vendía a los «infielos» la madera y el hierro que no tenían y que necesitaban para armar los barcos con los que luego les iban a hacer la guerra, a nadie se le ocurrió invocar la «religiosidad interior».

Hubo amenazas del Papa y prohibiciones del Emperador, pero todo esto no sirvió de nada. Las ventajas que les proporcionaba este comercio, los venecianos se las agradecían a San Marcos, la reliquia que los recompensaba con creces por la astuta veneración que le profesaban. Por otra parte, cuando las ciudades de la costa occidental de Italia se lanzaron a la reconquista del Mediterráneo caído bajo el dominio del Islam, sacerdotes hubo que encabezaron los saqueos más suculentos. Los que fomentaron las Cruzadas, abrazando la causa del hierro antes que la de la Cruz; los que inauguraron ocho siglos de Inquisición, abrazando la causa del absolutismo antes que la de la tolerancia, no conocían frenos de ninguna especie, salvo los que, en el tormento de la hoguera, aplicaban a los audaces, a los rebeldes, a los pensadores, a todos esos espíritus constructores que murieron afirmando y que ciertamente, no lo hicieron en vano.

La «seguridad social» de ese período la he visto afirmada incluso por historiadores de la talla de un Pirenne, en flagrante contradicción con sus propios escritos. Si ya en la legislación de Carlomagno encontramos disposiciones contra los vagabundos, si los hijos abandonaban la parcela de tierra de sus padres porque la misma no alcanzaba a producir para todos; si el crecimiento de las ciudades se realizó con la afluencia de campesinos descalzos y hambrientos que iban a protegerse detrás de los muros urbanos; si el crecimiento de la población empujó a los hombres hacia los pantanos y las regiones más áridas, etc., etc., no vemos dónde se encuentra esa famosa seguridad social.

Al respecto, es oportuno recordar este elocuente párrafo de Gerson, el eclesiástico que el 7 de noviembre de 1405 pronunciara en el palacio de la reina, en París, un sermón político paradójicamente titulado «Vivat Rex»:

«El pobre hombre no tendrá pan que comer, sino por ventura un poco de centeno o de cebada; su pobre mujer habrá dado acaso a luz y tendrán cuatro o seis niños pequeños junto al hogar o junto al horno, que por ventura estará caliente; pedirán pan, gritarán rabiosos de hambre. La pobre madre no tendrá qué poner entre sus dientes, si no es un poco de pan en que hay algo de sal. Bien debería bastar esta miseria; pero vendrán esos canallas que cargarán de todo... todo será puesto en un bulto y arrebatado, y buscad al que paga».

«La reducción de las horas de trabajo no significa una liberación verdadera del obrero y por consiguiente una solución del problema social—dice Koechlin—. El deseo de trabajar tan poco como sea posible es un deseo natural en una

sociedad en decadencia: presupone que el trabajo significa para el hombre un mal del que tiene razón en aspirar a liberarse».

Sobre la primera frase, quisiera que Koechlin me señalara el punto de mi escrito en el que yo he formulado tan burda afirmación. Expresé textualmente lo que ya transcribí cuando me referí a la Edad Media, señalando además: «Lo que esto entraña como *posibilidad* de elevación individual y social, ya es inmenso de por sí. Actualmente, aun el obrero que ocupa el puesto más ingrato de la cadena, puede ser más capaz y más inteligente que cualquier productor del pasado, precisamente por esa reducción horaria de la jornada moderna». Hay una gran diferencia, otra vez, entre la afirmación y la interpretación. Considero que el margen de tiempo libre que le queda al productor contemporáneo, por su regularidad y duración, abre una posibilidad cultural con la que ni remotamente pudieron soñar aquellos analfabetos campesinos del medioevo.

Koechlin se apresura a indicar las contramedidas del régimen capitalista para canalizar desfavorablemente las energías libres. Estamos perfectamente de acuerdo. El principio de esa canalización ya es antiguo. No eran menos eficaces el circo romano, las farsas milagreras en el templo, que los consejos de los psicólogos modernos. Pero el caso es que yo no soy un defensor ni un apologista de la burguesía. Tampoco he cerrado los ojos frente a este género de peligros. Incluso señalé que el obrero—así, en general—«puede ser» y «no es». Sin embargo, sería absurdo desconocer que este tiempo libre resulta cada vez más difícil de domeñar. De todas maneras, la posibilidad vale el riesgo, y esta posibilidad no estuvo en las manos de los trabajadores del pasado.

En cuanto a su segunda frase, si ella fuera cierta, la humanidad habría recorrido su milenarior camino en un estado de permanente decadencia. ¿Qué pueblo, en qué época, cuáles hombres han sentido la alegría del trabajo? El trabajo como esfuerzo físico destinado a la supervivencia y a la protección del cuerpo, jamás ha constituido un placer y siempre se ha tendido a la liberación del mismo. Desde el remoto antepasado que debía recorrer inmensos espacios para procurarse el magro alimento arrancado afanosamente a la naturaleza, pasando por la bestia de dos patas que estuvo condenada a hacer de buey entre las cadenas del arado, sin olvidar a los esclavos que levantaron pirámides o murallas, desde todo ese oscuro pasado de esfuerzos bárbaramente desconsiderados para con la contextura humana, hasta el obrero que hoy controla una máquina, todos han sentido la tiranía y la maldición del trabajo.

No se busquen razones morales o de otro orden para la aspiración a liberarse del mismo. Ella es consecuencia de la propia anatomía del hombre, esta criatura más apta para el juego, la creación artística o la ciencia. No prestemos atención a esos casos de degeneración por atrofia de las mejores virtudes humanas, tipificados en esos pobres diablos que por una causa o por otra parecen fieras ávidas de esfuerzo. Tampoco interesan los pocos privilegiados que en la historia, sin hambre y sin prisa, elaboraron bellos objetos sintiendo la alegría del trabajo convertido en juego y en inspiración. Toda visión histórica ha de abarcar el más grande espacio y la mayor cantidad de hombres. Por eso dije que la nostalgia

artesanal implicaba una parcialidad en la consideración retrospectiva.

Esta desproporción entre el esfuerzo físico necesario para la supervivencia en la lucha contra la naturaleza y la propia capacidad del hombre, ha representado un papel estimulativo en el desarrollo original de la técnica. Posteriormente fueron consideraciones intelectuales y artísticas las que condujeron a un creciente anhelo de liberación material. Se descubrieron la necesidad, las ventajas y el goce del ocio. El hombre se hacía más humano.

Toda la técnica y toda la ciencia aplicadas a la vida conducen a este segundo y fundamental camino: reducir la utilización de la energía humana. La piedra que se afila, la palanca que busca el punto de apoyo, la rueda que reemplaza a la cuerda, el agua que mueve la rueda, la roldana, la grúa... todo ese infinito proceso concatenado a través del tiempo, a pesar de los siglos de aislamiento y de pelea, hasta la moderna experimentación para aprovechar la radiación solar, todo él tiende a ahorrar esfuerzos humanos y a dominar energías mayores que las del hombre para una conquista más definitiva y más real de la naturaleza.

No deseo abandonar este punto sin transcribir un pasaje muy citado de Antipater de Tesalónica, contemporáneo de Cicerón, referido al concepto que los antiguos tenían del trabajo: «Dejad de moler, oh mujeres que trabajáis en el molino; seguid durmiendo, aunque el canto de los gallos anuncie el nuevo día. Porque Démeter ha ordenado a las Ninfas que lleven a cabo el trabajo de vuestras manos, y ellas, saltando sobre el topo de la rueda, hacen dar vueltas a su eje, el cual, con sus girantes rayos, mueve las pesadas y cóncavas muelas nisirianas. De nuevo probamos los goces de la vida primitiva tomando los productos de Démeter sin trabajar».

Que en la actualidad sólo se pueda decir «la liberación de mi trabajo» y no «mi liberación del trabajo», como recuerda Koechlin, es muy cierto. Pero es de hacer notar que esta posibilidad verdaderamente revolucionaria nunca ha sido factible sino a partir del desarrollo de la máquina. Es lamentable que la poética descripción de Antipater de Tesalónica, poética y humana, no pueda ser dicha para todas las máquinas en la actualidad. Porque es bueno recordar que la inocente estampa del molino pertenece también por naturaleza al «demonio» del maquinismo, el viejo molino que ha trabajado en paz con todos los pueblos y bajo todas las religiones. Es lamentable, pero de esto no tienen la culpa las «Ninfas» creadas por los hombres para su liberación.

x

Koechlin pregunta si no estoy aferrado a un fantasma «predicando con el progreso humano inmanente al desenvolvimiento de la ciencia y de la técnica». Más adelante expresa: «La cuestión de si es la burguesía la que ha producido la técnica, o si es la técnica la que ha producido la burguesía, no es cuestión que hayamos de resolver». Hace notar la reciprocidad que existe entre ambas, «lógica pero no fatal», y plantea el interrogante: «Una emancipación de la naturaleza como la que significaba la técnica moderna, ¿era posible sin una «emancipación» del espíritu como la que significa la burguesía?»

En primer lugar, yo no he manifestado en ningún momento que el progreso humano—así, progreso humano en general—sea inmanente al desenvolvimiento de la técnica. Koechlin también aquí ha extremado mi punto de vista. Una sociedad determinada puede ser técnicamente adelantada y a la vez atrasada en los aspectos morales o artísticos, por ejemplo. Sin embargo, una sociedad que pretenda elevar a *todos* sus integrantes en el triple aspecto material, moral e intelectual, no podrá conseguirlo sin el conocimiento científico y sin la práctica tecnológica.

Fundamentalmente, la técnica es la consecuencia de la

necesidad, en el más amplio sentido de la palabra: desde la necesidad del estómago hasta la necesidad del espíritu. La humanidad ha tendido permanentemente hacia estos dominios, en su impresionante y maravillosa lucha por la conquista y el aprovechamiento de la naturaleza. Cada período, cada época, ha realizado un esfuerzo en este sentido. Desde el estadio más primitivo del hombre hasta la moderna civilización, cada uno ha legado sus descubrimientos y sus perfeccionamientos. Pero solamente ahora los principios y las leyes del conocimiento constituyen patrimonio de todos los pueblos; y por primera vez en la historia los hombres tienen en sus manos la *posibilidad* de transformar revolucionariamente la existencia y de establecer un equilibrio casi perfecto que nos libraría del hambre, del temor y de la ignorancia.

Por eso la última pregunta de Koechlin me parece injusta para con el intelecto. Más que de liberación espiritual en el sentido intelectual de la palabra, para la burguesía debe hablarse de liberación de normas y de preceptos saludables, de ya vieja raigambre, cuyo respeto hubiera significado un freno para su codicia. El sentido de la justicia no es un sentimiento nuevo en el hombre y ha mordido siempre incluso las conciencias que, en la práctica, rechazan sus lamentos. Los cartagineses se liberaron de todo, menos de su tremendo amor por la riqueza. Esto no hizo avanzar, sin embargo, ni la técnica ni la ciencia. La verdadera liberación del espíritu, es tanto anterior como simultánea y posterior a la burguesía. Se desarrolla en la remota civilización del valle del Nilo y alcanza un vuelo estupendo con el ascenso de la Hélade, cuyo Aristarco de Samos fué acusado de atentar contra los dioses al lanzar la teoría heliocéntrica del universo que muchos siglos más tarde había de sostener Copérnico.

Por otra parte, esta liberación se relaciona no solamente con la especulación del espíritu, sino con el atrevimiento de los hombres que cruzaron los límites impuestos por la tradición y las creencias. El fuego que los hombres «robaron a los dioses» tipifica muy bien la audacia rebelde de la criatura humana.

La técnica es un proceso penoso, concatenado a través del tiempo a pesar de todos los obstáculos, y tan natural y necesaria ha sido su evolución, que algunas viejas invenciones de pueblos determinados, desconocidas por otros, fueron redescubiertas siglos más tarde para una misma finalidad y en idéntico proceso. Innumerables elementos de producción moderna son la continuación de métodos y elementos muy antiguos. El martinete, por ejemplo, es la continuación del principio del hacha de pedernal; la velocidad se deriva del perfeccionamiento de la rueda lejana; la astronomía tiene sus raíces en aquellos antiguos que se empeñaron en arrancar los secretos a las estrellas rutilantes; los forjadores que aprendieron a fundir el mineral y a separar la escoria, inauguraron toda la siderurgia moderna; el vuelo, la reciente conquista del hombre, no sólo ha estado presente en el sueño remoto de los pueblos, sino hasta en tentativas concretas como la de Abul Qazim, en el año 880, o la de Oliver de Malmesbury, en 1065. Aquellos hombres que desafiaron al cielo con su fantasía audaz, no tenían nada que ver, ciertamente, con la burguesía.

Por otra parte, el espíritu de las invenciones no ha participado jamás del anhelo de explotación del hombre adherido al alma de cuanto burgués ha conocido la historia. Podría recordarse la famosa frase de Aristóteles, ajustada puramente a la cuestión económica y destinada a justificar la esclavitud antigua. Pero hay algo más cercano y más general sobre el progreso, expresado en 1661 por Glanvill en los siguientes términos: «No tengo la menor duda de que la posteridad encontrará muchas cosas que ahora sólo son rumores y las convertirá en realidades prácticas. Puede que, dentro de algunos años, un viaje a los confines del sur y posiblemente a la luna, no parezcan empresa más difícil que un viaje a América... A la larga, quizá pueda devolverse el color natural a los cabellos grises y renovar el tuétano cansado sin que

intervenga en esta operación ningún milagro; y el convertir lo que hoy es un mundo comparativamente desierto en un paraíso, quizá no sea una imposibilidad para la agricultura del futuro». Hasta razones de belleza y de juventud constituyeron incentivos para el desarrollo de la ciencia.

En general se hace coincidir el desarrollo de la técnica con el desarrollo de la burguesía. Creo que es más correcto hacerlo coincidir, por una parte, con el crecimiento de la población y el consiguiente aumento de las necesidades, y por otra, con el renacimiento vigoroso de la curiosidad y del ansia de sabiduría de los hombres. Por eso las calificaciones de Edad Media y Renacimiento para dos períodos históricos, aunque resultan injustos en alguna medida, corresponden a las realidades fundamentales de esas dos épocas.

Por un momento, dejemos de lado a la burguesía, a la Iglesia y al Estado, dando el primer puesto a esa realidad más general que es la humanidad. Sabemos que la lucha contra las enfermedades y la muerte es tan vieja como el hombre. Supongamos, para el fin que me guía, que la humanidad hubiera progresado hasta un punto semejante al de hoy en el arte y en la ciencia de curar, sin que este progreso hubiera sido acompañado por un desenvolvimiento simultáneo en la agricultura y en la industria. La victoria sobre el dolor y la prolongación de la existencia aumentan la población. El crecimiento de la misma ejerce presiones vigorosas sobre la economía; aumentan las necesidades; se requieren más viviendas, más tejidos, más alimentos, más bienes sociales para el consumo general. ¿Sería posible alimentar, abrigar y proteger, con los métodos productivos de la Edad Media a más de dos mil millones de personas?...

Siempre se ha exagerado sobre el crecimiento demográfico, pero es innegable que la humanidad viene cumpliendo inexorablemente y hasta un punto que nadie puede predecir, con esa ley primaria de la biología. La lucha contra el mismo es esa ley primaria de la biología. La lucha contra el mismo es esa ley primaria de la biología. La lucha contra el mismo es esa ley primaria de la biología. Estas presiones fueron causa de grandes cataclismos sociales en la historia, y la salida habitual fué la guerra económica, tan estúpida y tan contraproducente en toda época como lo es en la actualidad.

La respuesta a la pregunta planteada es categórica: sería imposible abrigar, proteger y alimentar a tantos millones de seres, con los antiguos métodos de producción. Por eso he manifestado en mi artículo anterior que la producción de la Edad Media no respondía a las necesidades colectivas, pues aun habiendo progresado en la realidad tanto la ciencia y la técnica como la medicina, el déficit de bienes sociales, en su aspecto mundial, ha sido permanente. La Edad Media conoció también las presiones demográficas, y en el propio corazón de esa época los hombres tuvieron que marchar a la conquista de nuevas tierras y se vieron forzados a renovar parcialmente sus técnicas primitivas. Esta conquista ha sido posible, en gran parte, gracias a la máquina, como en el caso de los holandeses que, mediante la utilización de molinos, lograron ganar grandes extensiones de tierras férciles al mar. Ordenes religiosas se dedicaron a la roturación de suelos incultos y gentes desplazadas se dieron a la tarea de hacer germinar los mismos pantanos, en su lucha por un puesto estable sobre la tierra ingrata. Pero todos los esfuerzos fueron vanos, aunque marcaron en cierta medida la verdadera ruta que se debía seguir. La vida fué miserable en ese período (a pesar de las contrarias afirmaciones de Koechlin), las necesidades estaban sumamente restringidas y sin embargo los productos de la tierra no eran suficientes para todos. Fué necesaria la máquina y los productos de la máquina, en un período muy posterior, para que la riqueza de la tierra fuera renovada y se incrementara su capacidad de rendimiento. Otro tanto sucedió con la producción industrial. Si se piensa solamente en el libro, se comprenderá que de nada serviría el conocimiento del alfabeto si ahora dependiéramos de los calígrafos-copistas para la divulgación del caudal abrumador de conocimientos.

Por todo esto la producción local de que habla Koechlin, a pesar de ser loable en algún sentido, resultaría imposible en la actualidad. Necesitamos del intercambio porque los climas no son iguales y la distribución de ciertas materias esenciales es muy irregular sobre la superficie del planeta. Por otra parte, nunca esta producción fué suficiente. En los tiempos de los peores y más peligrosos caminos, en las épocas más temerarias del mar; los pueblos buscaron el intercambio. A pesar de todo lo que se puede conseguir, gracias a la ciencia, para una producción local, siempre quedaría un margen para el mismo. Lo que se exporta, de todos modos, se exporta para satisfacer necesidades humanas; que sean americanas o chinas, poco importa.

Todo este desarrollo ha proporcionado las grandes realidades y las inmensas posibilidades de nuestra época, aunque al mismo tiempo haya producido factores que atentan contra la personalidad y la seguridad. Pero esto no depende de la ciencia o de la técnica, sino del uso que dan los pueblos a sus conquistas. Sería un error, sin embargo, buscar los orígenes de todo lo que es destructor para la vida en la hora presente, en los últimos desarrollos tecnológicos. La división del trabajo aparece mucho más allá de la Edad Media; se practicaba casi en sus formas modernas en Roma y en Atenas y de manera menos acentuada en períodos anteriores. Quemar libros, controlar hasta las producciones artísticas, frenar el vuelo de la mente, castigar la libertad espiritual, someter mediante el absolutismo, son acciones y tendencias de los que los tiempos han sido ya testigos, y el dominio tiránico de la Iglesia romana llena un capítulo larguísimo y horrendo en este sentido. El control estadual de la economía, el monopolio, etc., son tan viejos como los faraones. También es injusto atribuir a la corriente revolucionaria de los últimos tiempos formas de vida repudiables. Aunque no se hubiera producido una metodización intelectual de la revolución, las revoluciones se hubieran efectuado lo mismo. También se rebelaron los campesinos y los artesanos del medioevo. Las realidades, antes que las teorías, constituyen el motor de las insurrecciones humanas.

¿A qué equilibrios se refiere Koechlin? Esto es tan ilusorio como la seguridad medieval. No es que se haya perdido ningún equilibrio. Lo que sucede es que el viejo desequilibrio, por muchas causas, resulta más visible en la actualidad.

Por olvidar esto, mucha gente habla del fin del período revolucionario. No es así. El socialismo lucha contra tendencias que están metidas desde hace siglos en el espíritu y en la mente del hombre. La tendencia a la propiedad, por ejemplo, es de un vigor incalculable. Contra esto no se lucha solamente con la fuerza, aunque el ejercicio de la misma sea necesario para la defensa, las grandes y rápidas realizaciones y la destrucción de obstáculos poderosos. La revolución no se hace en un día ni en un año. Es una época. La burguesía no nació en 1789 con la revolución francesa; combatió de todas las maneras imaginables durante la Edad Media, hasta dar el gran salto final que la convirtió en la principal clase rectora de los últimos tiempos. La lucha del proletariado y del campesinado modernos y en ella la de todos los que ansían crear un mundo nuevo, conducirá a fracasos como los que tuvo la burguesía, pero los mismos no cierran el ciclo. A pesar de todo lo que hemos conquistado en la época en que se habla de aprovechar la energía solar, millones de seres tienen hambre, sienten frío y son analfabetos. Ellos se agitan revolucionariamente.

Tampoco carecemos de valores morales. El concepto de la dignidad individual, el sentido de la justicia, la reprobación de la explotación económica y de la opresión política que palpitan en la inmensa mayoría de los hombres, son grandes valores morales. Ellos están jugando un importantísimo papel en la lucha contra los nuevos absolutismos que hoy pretenden retrotraernos a corporativismos que no corresponden ni a los sentimientos ni a las tendencias más íntimas de la humanidad.

# Relato

# ARABELLA



ESTOY fatigado, hueco. Tres mañanas, tres tardes, tres noches de agitación. Días de ir y venir, de sobresaltos en ayunas al leer las noticias de la Bolsa, de sofocaciones, de sed en los *courts* de tenis, de tertulias íntimas en casa de Ivonne Grenier, oyendo versos geniales declamados por una joven ruborizada, oyendo carcajadas y un instrumento sollozante. Días en que el mozo del restaurante me alcanzaba en plena calle, sin alientos, para entregarme el bastón que yo olvidara en la percha. Días en que las miradas de las mujeres accesibles resbalaban sobre mí sin penetrarme. Días en que el alfiler de mi corbata, incómodo, se asomaba demasiado sobre el mundo. Estoy cansado, cansado. Este sofá de grandes brazos acogedores se ha dignado compadecerse, me presta todo lo que es capaz de ofrecer a la humanidad exhausta. Mi alcoba se despide de los últimos rayos del sol, que antes de irse, visitan el retrato de Dempsey, luego una estatuilla criselefantina de Penélope, luego la botella de whisky, los vasos. Cada uno de los metros de mi cuarto es un metro de soledad. Sobre la mesa hay un instrumento musical, algo así como un banjo, hecho con una cacerola de hierro cruzada por tres cuerdas, regalo de Félix, ex combatiente en un campo de batalla de Chavonne-Soupir. De las paredes penden tres banderas azules, triangulares, una de Yale, otra del Oriel Collège, de Oxford; otra, no sé de dónde. Dentro de un marco sencillo he puesto una fotografía de mujer, una bella fotografía de una mujer bellísima, la que ¡ah! no es ninguna amiga, ni hermana, ni novia.

Es, simplemente, una actriz de cinematógrafo. Tampoco podía ser de otro modo. En mi estancia jamás hay un guante olvidado, jamás una cartera con monograma, jamás un pañuelo perfumado, minúsculo; no he descubierto sobre unos labios pintados, sobre unos párpados violáceos, una nueva manera de besar; no tengo en el día una sola hora fragante, ni mis amigos, en el club, han hallado nunca en mi solapa, un cabello rubio de mujer. Deplorable soledad cuyo significado verdadero, cuyo peso, cae lamentablemente sobre el único platillo de mi corazón.

Aunque la vida no fuera más que una eterna recurrencia, aún manejando la hipótesis de que los pueblos serán incapaces de quebrar definitivamente la larga espina dorsal de la opresión, vale la pena luchar por esos valores inmensos que alimentan los sueños del hombre.

Por eso, combatir una tendencia determinada, en apoyo de una tendencia más amplia, no es una infamia. Aquí, Koechlin no ha hecho más que un puro juego de palabras. Infamia es la que realiza el escéptico cuando tiende a apagar los entusiasmos que impulsan a la creación, pues éste no apaga una esperanza, sino la esperanza, que es algo muy distinto. Si esto se lograra, entonces sí podríamos retroceder. De lo contrario, no.

«No creáis que estamos al fin de la revolución—ya expresó Bakunin—; estamos al comienzo. Preparémonos.»

Emilio MUSE

Es el anochecer, es verano. Mis reflexiones huyen despa- voridas ante los pensamientos niños que han tenido la audacia de perder su timidez. La sonrisa de la dactilógrafa de Algy, el cuello mórbido de la profesora de inglés que toma, por las mañanas, el ómnibus, por las tardes, el té en Harrod's, los ojos de Susana, se miran envidiosamente en mi imaginación. Ayer, a la salida del club, una mujer envuelta en sedas, primero elástica, luego lenta, despertó en mi insólitas ansias persecutorias. La seguí, me cansé; después, arrepentido, me llené de denuetos inexpresables y que me dejaron aterrorizado. Hoy tengo deseos de descolgarme por el cable del teléfono y abrir esa ventana de enfrente, pertinazmente cerrada, para sacar de allí a la mujer sin oriente, a la mujer infeliz, que consume sus veladas en silencio, leyendo las novelas de Mr. Feulliet, de Mr. Ohnet. Deseos de cerrar mis maletas y partir hacia Calcuta para conocer el color exacto de los bastones de la señora del virrey. Deseos de reirme como un loco, en China, con el asombro de un mandarín que lee mi nombre, escrito en castellano con tiza blanca, sobre la Gran Muralla. Deseos de ser besado por una joven impresionable, lívida, roja, en lo más alto de la rueda del *loping-the-loop*, mientras el mundo desaparece y las arterias, indecisas, esperan la orden de seguir latiendo. Deseos imbeciles, como nos sentimos todos, un instante, después de haber olvidado la cartera en un séptimo piso. Siento un dolor en la espalda, un dolor largo, persistente. «Nervioso, nada más que nervioso», me ha dicho Greenwald, que es médico, filósofo, poeta. «Te volverás neurasténico como sigas llevando esa vida de encierro, sin expansión, sin luces, sin alma». Neurasténico, ¡ah!, neurasténicos son los caballos de circo, las bailarinas de café-concierto, los multimillonarios. Neurasténicos los casados con viudas de tres maridos. Yo padezco otra dolencia indefinible que me hace reir, entristecerme, pensar gozoso en la representación teatral, un poco cruda, que veré por la noche y, en seguida, quedarme con los ojos tristemente abiertos, contemplando una estrella lejana, detrás de la última chimenea de la ciudad. Una necesidad de cantar desesperadamente, de escapar de los silencios trágicos, de las armas. Un ansia de llorar en el interior de un sobre de pergamino y enviárselo al día siguiente, por el primer correo, a Gloria Swanson, para que me responda, compadecida, mandándome un retrato con dedicatoria, un beso manuscrito, una flor... El amor, ¿qué será el amor? Años, años blandos, duros, he aguardado su revelación. Años en que me he encontrado, indiferente, con muchas escaleras reales, años en que he visto, sin emoción, cinco suicidas extraídos de las aguas de un balneario aristocrático; años en que he aprendido a pegar botones sin romper la aguja, sin enredar el hilo; años en que alcancé a descubrir, triunfante, el verdadero punto del café. Años en que no encontré una humedad sugestiva en los ojos de Grace, un temblor en los labios de...

...de Arabella. De esta misma mujer adorable, toda de azul, que acaba de abrir silenciosamente, temerosa de sobresaltarme, la puerta de mi cuarto. De esta Arabella inconstante, rubia, insoportable, orgullosa, *snoob*, instruida muy poco

en geografía, absolutamente nada en historia sagrada y demasiado en francés.

Arabella me tiende su mano enguantada, adopta una premeditada seriedad y se sienta frente a mí, enseñándome sus medias estupendas, sus zapatos con reloj. Habla con voz clarísima, un poco afectada, subrayando graciosamente cada palabra. Dice bagatelas, bagatelas detrás de las cuales yo saldría como un andarín, de Hawaii rumbo a Venecia; recorre con la vista el velador, la psiquis, un proyecto arquitectónico fijado en la pared, cierto esbozo de Harrison Fisher arrancado de «Cosmopolitan». Por fin, ríe. Me siento vencido. Pienso horrorizado, pesando síntomas, que voy a ser presa de alguna timidez; entonces, me pongo de pie, doy dos, tres pasos firmes, abro el balcón. No sopla aire, sino una levisima brisa caliente, que me enardece. Arabella me observa sin decir palabra.

¡Ah! Está exquisitamente hermosa, excesivamente fresca, excesivamente juvenil. Advierto complacido que se me ofrece la exclusividad de unas cuantas poses flamantes, apenas ensayadas. Advierto también, con escaso halago, que mis derechos de amigo, de humilde amigo, violentados, han cedido el paso a mi imaginación.

—¿A qué no adivina usted qué vientos me traen por aquí?...

—Qué vientos, Arabella, qué vientos desconsoladores...

—¿Desconsoladores?

—Sí. Desconsoladores, porque ha venido usted con ese traje odiosamente planchado, insultante, al que no me será permitido hacerle, en venganza, la más leve arruga; desconsoladores porque usted es la mejor amiga de Axel, mi mejor amigo; desconsoladores porque usted no consentirá que yo mire en sus ojos, extasiado, uno a uno, los cuatro respiradores del techo...

—Basta, por dios. He venido a hacerle una visita espantosamente burguesa. He venido a decirle que Axel y yo hemos suspendido nuestras relaciones, que Axel ha perdido su amor, que actualmente sólo dedica sus versos a la coctelera, al patrón de su casa, a los perros tristes y vagabundos. Yo para él, no soy otra cosa que un recuerdo fácil de borrar, un estorbo presente... Ahora bien, usted es su gran amigo; usted, el único capaz de provocar en él, con las palabras, una escena de malestar. Por eso vengo a pedirle que interceda por mí, que...

—Arabella, Arabella. Me ofrece usted su corazón para que yo la acaricie, yo lo admire, yo se lo entregue luego, listo para un mayor amor, a cierto amigo de lamentable discernimiento. El suyo Arabella, es un pecado sin nombre, un pecado de lesa efecto.

Ella me mira con largo palpitar de párpados. Luego, con un ademán displicente, lento:

—Oh—me dice—, no. No. Usted tiene una habitación ingenua, un aire ingenuo, un alma ingenua. Usted me acompañará ahora, complacido, porque yo quiero que lo esté, a casa de Axel; allí le hará una escena, le dirá que las deudas de amor, como las de juego, son deudas de honor.

Arabella se ha acercado a mí, sabía, ha puesto su mano sobre mi hombro, y mientras espera tiene los ojos y los labios elocuentes. Humildemente hubiera querido para mí esos labios húmedos que sorben mis miradas; humildemente, esos dientes brillantes; humildemente, ese cutis adonde los besos, asombrados, han de llegar siempre con timidez.

Ella, de pronto, esboza un gesto admirable. Toma mis párpados, mis párpados cansados, entre sus dedos larguísimo, los entreabre y, silenciosa, mira con atención mis pupilas, cayendo después en una sonrisa.

—Querido Virgilio, este brillo de sus ojos... esta luz, no se la conocía a usted. ¿Será posible que sea un hombre triste, un hombre al borde de la gran caída, pensativo?... Y tiene dos, cuatro, muchísimas canas en los aladares. Envejece... ¿No será acaso agradable vivir con usted en una casa roja, con grandes jardines y setos interminables en Edimburgo, cerca del mar, en la sosegada vecindad de un párruco? Virgilio, ¿estaré, por ventura, enamorada de usted?

¡Bendición de la estancia respetuosa, de los divanes respetuosos, de la ciudad, bajo los balcones, respetuosa, callada! Siento la mente fresca, el corazón veloz, la boca entreabierta en una exclamación cortada. He tomado la mano de Arabella y, cuidadosamente, la he sacado el guante, menos suave que la piel de ella. Después nos hemos besado en la boca, con furia, con lentitud... El balcón, acogedor, lleno de plácemes, nos esperaba.

¡Pobre, dichoso de mí! Me ha llegado el momento de cantar a voz en cuello, desde aquí: *My darling's love*; el momento de saludar como a un viejo camarada al vendedor de diarios de la esquina, de nombrarlo mi secretario privado; el momento de llamar a aquel cartero obeso, abrumado, de hacerle subir, de mostrarle con gozo la adorable excelencia de Arabella sonriente, de ponerle en la mano un billete de cien pesos y decirle, alborozado, que la vida es bella, bella, bella, que me deje aquí sus cartas para yo repartirlas luego, que el viejo rosal abandonado acaba de florecer con una sonpecaído de lesa afecto.

Eduardo MALLEA

Otro inglés habla de España.—El libro de Gerald Brenan, «La faz actual de España», lo ha dado a conocer ahora en castellano la Editorial Losada, de Buenos Aires. Hay en el autor como un intento desesperado de ser imparcial, pero sucede que por imparcialidad entiende hacer hablar a unos y otros, esos tremendos antagonistas españoles, para sacar una conclusión que fué la del Foreign Office en tiempos de Bevin y la de Prieto en los felices momentos de sus cabildos con los enviados de Don Juan. Políticamente, pues, el libro carece de interés porque las ideas políticas de su autor han sido rebatidas por la realidad y hoy le son ya tan utópicas como la anarquía, por la que Brenan siente tan poco gusto. Aparte este aspecto político, tan poco consistente, el libro contiene aciertos literarios, belleza descriptiva y hasta un sentido

despierto para captar algunas de las más tristes realidades de la España actual. Esas realidades hacen referencia a la situación económica de obreros y campesinos, al estado lamentable de la infancia deambulando por calles y plazas, a la presencia aterradorante de la Guardia Civil, a los odios acumulados ante la injusticia permanente a que vive sometida la población de España en general. Todo esto lo ha retenido Brenan, y habla de ello con amargura. Es tal vez lo que salva al libro de ser lo que han sido muchos libros ingleses desde los tiempos de la No-Intervención. Y lo que hace que pueda ser leído, siempre que se tenga la capacidad de hacer abstracción de las conclusiones políticas del autor y de su insistente manía de presentar a los españoles como gentes demasiado elementales y crueles.

# EL ARTE

## El mundo de los pintores



CREO que la pintura, lo mismo que la poesía—y apoyándome en la poesía es como yo puedo hablar únicamente de pintura—no suele sincronizar con el momento que vivimos, cuando caminamos sin conciencia propia y nos movemos arrastrados por el impulso de otras épocas o por experiencias extrañas. Y ha sucedido algunas veces entre nosotros que la dirección de los artistas no coincide con los anhelos ni con los perfiles inmediatos, no ya

del español, sino del hombre mismo.

El artista se divorcia entonces del mundo que le rodea y acaba por no encontrar tierra donde apoyarse. Es cuando repite los viejos tópicos agotados ya, o de tentativa en tentativa salta de la extravagancia a la pirueta.

Antes de la revolución española hemos tenido conviviendo casi juntos a unos artistas anacrónicos y unos artistas de vanguardia. Y tan fuera de la realidad estaban los unos como los otros. Los artistas anacrónicos, para nuestra alegría y nuestro provecho, se fueron con los facciosos, y no pueden entrar en nuestra historia de hoy ni en la historia española de mañana. No porque fueran facciosos, sino porque son anacrónicos y pertenecen a una historia que ya está liquidada. Los artistas de vanguardia casi todos quedaron con nosotros. Estos artistas eran, y son algunos todavía, los comprendidos en esa curva última de más de quince años que va desde lo que se llamó deshumanización del Arte hasta las postreras escuelas surrealistas. Maneras francesas las dos, o nacidas, por lo menos, de la experiencia de la guerra de 1914-18, que nosotros no vivimos trágicamente. Pecado o circunstancia simplemente que luego pagó nuestro arte, porque aquella experiencia dió una sensibilidad al artista francés que nosotros no ganamos y quisimos imitar. La falsedad de todo nuestro arte deshumanizado y surrealista arranca de aquí. No porque fuera una importación forastera, como tantas veces, sino porque venía sobre todo de unos hombres—de unos pintores y poetas—que habían surgido en una guerra de trincheras, que nosotros no nos imaginábamos siquiera. Ahora empezamos a entender esto mejor. Ya vamos viendo que el pintor y poeta españoles que salieron de nuestra guerra tendrán una expresión y un lenguaje que no van a alcanzar fácilmente los artistas del resto del mundo.

Deshumanización y surrealismo. Deshumanización eran las dos escuelas, porque tan lejos del hombre, del hombre integral, está la expresión fría y objetiva del mundo como la expresión subconsciente y primaria. Y en estas dos actitudes llegaron nuestros artistas a las puertas de nuestra tragedia. Pero apenas empezaba la lucha, lo mismo el pintor que el poeta legítimos tuvieron que abandonar estos armatostes como cabalgaduras limitadas, incómodas, impertinentes. «Hay en el mundo mucho más que lo que puede imaginar la pobre filosofía del hombre», decía Hamlet en su tragedia doméstica. Nosotros, dando a esta frase otras dimensiones, podíamos

decir: «Hay hoy en España, en la tragedia española, mucho más que lo que cabe en los caprichos de Picasso y en las pesadillas monstruosas de los surrealistas».

Los deshumanizadores se callaron ya hace tiempo y los surrealistas se han callado casi todos también. El hombre es subconsciente y otras cosas más. El subconsciente estaba entonces allí más a flor de piel que nunca, empujado sobre nuestros hombros mismos, con dos halcones viejos y carniceros, viendo su hazaña última sobre las tierras engrentadas de España, pero estaban también allí, más vigilantes que nunca, nuestros ojos, los ojos de nuestra cara y de nuestra conciencia, contemplando y queriendo explicarse y entender la razón de tanta sangre vertida.

Tal vez en la revolución española el subconsciente ha andado más desenfrenado y suelto que antes, pero también es cierto que la conciencia expresó más claramente que nunca lo que quería y por qué luchaba. La Prensa venal y la propaganda mercenaria sólo hablaban de crímenes y de monstruosidades y guardaban silencio sobre nuestros designios meditados y sobre nuestros sacrificios esperados. Hacían lo mismo que el surrealismo: no querían ver más que una parte del hombre. Pero la historia, igual que el arte, es algo más que subconsciente.

Vuelvo a mi tesis, que ya conocéis, sobre el artista integral. Pero hablando del pintor, quiero añadir ahora unas palabras.

Entre las dos grandes guerras europeas, la que va de 1914 a 1918 y la guerra española, más grande tal vez y más señera, desde luego, para abrir y cerrar ciclos y períodos históricos en los destinos de España, nuestra pintura, nuestro arte en general, no ha sido más que una serie ininterrumpida de tentativas y deserciones. No ha habido pintores con un mensaje. Hubo pintores maravillosamente diestros en el oficio y en la técnica, pero casi ninguno tuvo nada que decir a los hombres. Los mejores han tenido mensaje, acaso, dentro de su propio oficio para los otros pintores, pero no para el hombre. Y este mensaje humano es lo que ha valorado siempre el arte. Después de la técnica y el oficio, el artista tiene que crear su mundo. Y en ese mundo ha de moverse la intención de su mensaje. La técnica y el oficio no pueden servir más que para esto. O, acaso, esta intención misma subconsciente sea la que origine la técnica. Volverán otra vez las actitudes bizantinas y se volverá a disputar nuevamente sobre el arte puro y el arte por el arte. Ya lo sé, pero esto es lo espúreo y lo caduco. Bizancio es siempre decadencia y tenderá eternamente las formas vacías del arte.

El arte no es más que medio, una manera, una «herramienta», sí. Y digo esta palabra sin demagogia. Una herramienta, pero de la misma calidad que la utilizó dios para crear el Universo. El artista, el gran artista, el artista ante todo genial, es creador de un Universo.

Yo no creo que los grandes pintores sean los que mejor pinten, ni que los grandes artistas sean los que conocen mejor el oficio. Ni creo en el estilo tampoco. Ni técnica ni es-

tilo. Atmósfera, mundo es lo que tienen los grandes pintores para mí. Mundo, un mundo distinto de éste en que vivimos, pero hecho con substancias encontradas o intuídas aquí abajo. El hombre y las cosas entran en este mundo dentro de unas leyes que suelen ser exactamente las físicas de nuestro Universo en una lógica que no es la euclidiana y en unas dimensiones y una luz que no son tampoco las ordinarias. El hombre no se nos escapa, sin embargo, ni a la abstracción ni a la monstruosidad. El hombre está aquí, con sus posibilidades, siempre más ingrático unas veces y más pesado otras, pero siempre con sus problemas. Con sus problemas, sí, con sus sueños y con sus miserias. Los grandes pintores españoles no se han desentendido jamás de los problemas inmediatos del hombre. Problemas religiosos, políticos, sociales, revolucionarios. Y a mí me da la sensación de que todos han aprendido a pintar para subrayar precisamente estos problemas. Para subrayar, para denunciar precisamente estos problemas, crean los pintores su mundo. Todos los grandes pintores crean su mundo. Hay un mundo velázqueño y un mundo goyesco. Y el Greco y Solana y Souto tienen su mundo también. Este mundo es la atmósfera donde se mueve su intención, su denuncia, su mensaje. Todo lo que entra en este mundo se tiñe en seguida de esta intención y lo que no puede recogerla se segrega, huye, escapa. Lo que no sea pluma y llama no puede entrar en el mundo ingrático y escondido del Greco. Hasta los elementos de contraste tienen una medida casi alada allí. El centurión derribado no da la sensación pesada de los cuerpos caídos. Hay un viento vertical, una tromba invisible en este mundo que vence en todas partes a la gravedad de la materia y la aúpa, la verticaliza, la pone de puntillas y la empuja religiosamente hacia arriba. Para el místico, el mundo, nuestro mundo, es imperfecto y sus leyes están rotas. El hombre está en sazón ya, y nada tiene que hacer aquí abajo. El justo y el réprobo han de volar hasta la presencia de dios para recibir el premio y el castigo.

En la atmósfera de Velázquez ya no hay impulso religioso, dinamismo vertical. Una fuerza política es lo que aquí quiere organizar el mundo. Hay aquí una ley horizontal y pesada que pretende regir las cosas y los hombres. Todo está quieto ahora. Y el hombre no es más que un fracaso. En el mundo del Greco las leyes cósmicas están rotas y el hombre puede más que la materia. Aquí el que está roto es el hombre y la materia le vence. Idiotas, enanos, locos, cuerpos pesados, cabezas hipertrofiadas. Ni el asceta ni el hombre ordinario siquiera pueden respirar la atmósfera de este mundo.

Yo tengo una opinión personal de «Las Meninas», que tal vez a los pintores y a los críticos que me lean les haga reír. Pero la voy a exponer, sin embargo.

Arriba, en los desvanes altos del palacio, trabaja Velázquez. Allí, supongo yo que vive casi siempre solo, como un nigromante, lejos de las gentes y de la corte misma. Allí tiene su estudio y su laboratorio. Allí es donde crea sus mundos y su atmósfera. Una atmósfera donde sólo pueden vivir y respirar ciertos seres humanos. Ahora, en el momento, está trabajando el pintor sobre su gran proyecto «Las Meninas». Todo está ya casi terminado. Es un mundo de seres minúsculos: una infantina, unas azafatas enanas y un perro magnífico.

En este mundo de «Las Meninas» todo está quieto y el hombre se ha parado. Se ha parado para siempre en su proceso evolutivo. Todo está retrasado y fijo, mental y físicamente. Todo es pequeño, infantil, instintivo y nada puede romper las dimensiones de inteligencia y de volumen en que está organizado el cuadro. El perro cabe en este mundo, pero nadie más.

Y he aquí que ahora, cuando todo está terminado, un cortesano impertinente, tal vez un recadero de palacio que trae algún mensaje del rey para el pintor, abre la puerta del fondo y quiere entrar. Velázquez lo detiene y lo echa. Lo echa en seguida.

—¡Fuera de aquí! ¡Ni un paso más, fuera!

El hombre se va asustado, atolondrado, asfixiado casi. Un hombre aquí es tan impertinente como en los dibujos animados de Walt Disney. Velázquez se vuelve de nuevo a la sombra. Y así hemos recibido el cuadro. Pero yo pienso siempre que Velázquez mismo apenas puede respirar aquí y le veo alejarse, perderse en la oscuridad como el director de una farsa de muñecos que mueve los hilos y me parece que al echarse para atrás empuja con el pie todo el retablo de las enanas, la infantina y el perro, como diciendo: ¡Ahí está eso!

La luz magnífica y clarísima no hace más que subrayar el mundo de Velázquez; el hombre está en derrota siempre. Es un reino bajo, donde la inteligencia humana no florece. El niño, el enano, el perro y el idiota marcan la altura ordinaria de este campo de espigas humanas rotas, y que no se logran nunca. El pintor lo sabe y no es que pinte lo que encuentra. Pinta lo que quiere cuando le dejan solo las exigencias de la corte. Y cuando pinta lo que quiere, pinta y subraya, además, lo que pinta.

Los críticos de arte podrían salirme al encuentro con las viejas teorías del pintor de la luz y por la luz. Sin embargo, yo sigo creyendo que Velázquez aprendió a pintar para denunciar nuestra decadencia y la ruina física y espiritual del hombre. Como Cervantes aprendió a escribir para componer el «Quijote». La luz en los cuadros de Velázquez no es más que el índice definidor y exegetico. ¿O es que los idiotas han nacido nada más que para que ciertos pintores los pinten sin más trascendencia? Hay un mundo fracasado que el pintor tiene que pintar, pero aquél que deje más abierta en su obra la puerta del comentario y de la interpretación para que entre un poco más de luz en las tinieblas de nuestro destino será el que haya pintado mejor. Esta es el secreto del genio. El «Niño de Vallecas», me decía Moreno Villa, que no es lo mejor pintado de Velázquez, pero es el retrato más desolador de toda su galería de monstruos. Representa a un niño deforme, paralítico, idiota: con los resortes del espíritu quietos y el cerebro sin riesgo. Aquí está el hombre roto y malogrado. El niño se perfila sobre el fondo rojo de un cortinaje que se abre hacia la mitad del cuadro para mostrarnos un paisaje severo de Castilla, por donde entra la luz y se entra por todos los rincones, pregonando y denunciando nuestra injusticia y nuestro abandono. Se queda roja sobre el cortinaje destacando valientemente la deformidad infantil del idiota. Es como un grito agudo todo ese medio fondo. Luego, la luz se escapa al campo abierto para ofrecernos las fuerzas de la naturaleza y el horizonte sin límites. Allí lejos está dios esperando sin prisas a que nosotros enderecemos nuestros yerros. Este problema lo subraya aún cien veces Velázquez en sus enanos, en sus bufones, en sus locos, para decirnos siempre: ¿Quién ha hecho esto, quién ha dado vida a estos monstruos, por que hay seres así en el mundo? ¿Quién los ha engendrado? ¿Nuestros pecados o el signo fatal de las estrellas?

En todo retrato tiene que haber una interrogación y para marcar esta interrogación aprende el pintor a pintar.

Goya entra en una España más decadente aún. El español vive ya sin leyes religiosas ni políticas. Ni iglesia ni realza. La religión es un mercado y la corte una mancebía. El español, para salvarse, se olvida de su historia, se acoge a sus principios ibéricos y vuelve a los viejos instintos del clan. No hay leyes horizontales ni verticales y aparece el caos en la pintura, en los temas de la pintura, quiero decir. Nuevos monstruos humanos empiezan a caminar por los cuadros. Y las leyes del caos y de la desesperanza son las que determinan el mundo de Goya.

Goya es el mejor documento del comienzo de nuestro último período de decadencia, que dura más de un siglo, y que se cierra con las pinturas de Solana, con los esperpentos de don Ramón Valle-Inclán y con la atomización gregueriana de la obra de Gómez de la Serna.

España se ha ido desorganizando, desaglutinando, descomponiendo, atomizando para terminar en polvo. Polvo, polvo sucio es toda nuestra vida y la nación que nos dejan en mano al comenzar nuestra tragedia. Y ahora no nos queda más que esta pregunta: Y este polvo sucio, ¿es polvo infecundo también?

Los revolucionarios dicen que no. Algunos poetas españoles decimos que no. Y Souto, el pintor Souto, dice también que no. Que aquel puñado de tierra molida y sucia que es nuestro único legado, no es una tierra estéril, pero que necesita un riego de sangre y unos vientos huracanados que levanten y lleven a los hombres por los aires y los hundan en el suelo como semilla de esperanza.

Souto es el pintor de un nuevo cielo. De un cielo de reconstrucción en el que va a comenzar otra vez nuestra hazaña milenaria que repite sin descanso la esperanza ilimitada del hombre. Estamos en un mundo donde las esencias primarias y virginales siempre gritan, y se mueven queriendo organizarse de otro modo. Estamos en un mundo de ráfagas, de vientos arremolinados, que se levantan en tromba, sacuden los árboles y empujan al hombre hacia rutas desconocidas. Es un mundo de agonía, de lucha. De tránsito, de espera. Algo va a nacer. Es un mundo de sombra y de alborada. Se van muchas cosas para siempre en esta tierra y empiezan a nacer otras. Y todo anda borroso y sin definir todavía. Nada está acabado aquí. Y los cuerpos aparecen sin límites precisos. Lo que hoy es de este modo, mañana va a tener otro contorno. Algo vibra dentro de las formas que las muestra sin silueta y temblorosas. Todo está germinando y en proceso doloroso de cambio. Se anuncia un parto. Hay sangre y gritos de viento encolerizado. ¿A dónde van y de dónde vienen esos segadores de las hoces levantadas entre la interrogación de los molinos?

Van a abrirle camino al hombre, al hombre nuevo, al hom-

bre de mañana. Todo va hacia el hombre en este mundo y nada es el hombre todavía. Es un mundo dramático, ululante y sanguinario con una bandera de esperanza clavada en todas las tierras rojas de sangre, donde se ha enterrado la semilla revolucionaria.

Mirad ese cuadro. Ese parece un descendimiento. Es el que aparentemente tiene más reposo y donde más se acusan los perfiles. Sin embargo, en él convergen dos ráfagas contrarias y violentas. En él respiran y viven aún dos mundos, dos clases de hombres empujados por vientos enemigos entre sí. Uno, el que se lleva hacia atrás, a su origen primario y animal a los dos guardias civiles y al escribano porque no quieren elevarse ni caminar hacia adelante. El civil de la izquierda del cuadro es casi un gorila, ya que se vuelve a la sombra del bosque, de donde nació, para vergüenza de la vida, que se toma remisa, reaccionaria, retrógrada en estos seres miedosos ante los nuevos problemas de la conciencia rejuvenecida. El escribano es un personaje ruín, singularmente desdeñado y flagelado por los artistas gallegos. Souto le pintó primero con una chistera y con un indumento del siglo XIX. Debí dejarle así, perdido ya en un anacronismo y caminando hacia su casa, hacia la caverna. El resto del cuadro está movido todo hacia adelante por el viento de la esperanza, del martirio, de la sangre y del llanto. Un cristo y mujeres que lloran. Semilla y riego sobre la tierra seca y molida que hemos heredado...

Yo mismo, en este retrato, no soy más que un poeta de tránsito y esperanza. Mi voz aún no es nueva y mi lenguaje no es tampoco el que ha de venir. No soy más que la semilla de un poeta que apenas empieza a romper la costra primera de la tierra. Una promesa. Mañana, detrás de mí, detrás de nosotros, vendrá la palabra y la canción madura que todos estamos ayudando a florecer.

León FELIPE

*El arte no ha podido medrar nunca sino en pueblos libres. Entre las ciudades de Grecia escogió Atenas; en Roma languideció y murió por haber sido entregado a los esclavos. Revivió al sentir herida su frente por la luz del evangelio. Cayó bajo la mano trágica del sacerdocio y retrocedió; fué puesto en libertad por las cruzadas y adelantó a pasos de gigante. Falto de asilo, se acogió a la sombra de las repúblicas de Italia. Salió de ellas, pero cuando estaba ya expirando el feudalismo, cuando empezaba a respirar el mundo. Penetró en España, en Francia, en Alemania; volvió la espalda a Rusia, dividida en siervos y señores.*

*El arte es hijo del sentimiento, que reproduce, por consiguiente, la vida interior; que ha de ser y es, en último resultado, el reflejo de las épocas y de los pueblos en que vive. Floreció en la antigüedad bajo el entusiasmo patrio y del amor a la belleza. En la Europa cristiana, bajo el sol de una religión que vino a establecer la fraternidad universal y a rejuvenecer una sociedad ya próxima al sepulcro.*

*Habló allí más a los sentidos que al corazón; aquí más al corazón que a los sentidos. Pintó en una y otra parte la divinidad, pero no a impulso de las mismas causas; aquí la pintó movido por una aspiración general puramente mística; allí por una aspiración nacional puramente estética. Fué allí individual, aquí social; retrató aquí la humanidad, allí el hombre. No encontró allí más que pueblos sensuales y fué sensual; encontró aquí pueblos que fijaban constantemente sus miradas en el mundo futuro, donde sólo gobernaría el amor, y luchó por reproducir el espíritu, aun antes de haber dominado la materia. Llegaron para él, en uno y otro período, momentos de decadencia; pero ¿cuándo? Cuando dejó de ser eco de los sentimientos que le daban vida, cuando se sensualizó en Europa cristiana y se embruteció en los antiguos pueblos, cuando por no crear, reprodujo. No sólo pudo entonces decaer, sino morir.*

PI Y MARGALL.

## Astronomía elemental

# LOS CAMINOS SIDERALES



La contemplación de las estrellas despertó en el hombre primeramente admiración, porque son belleza, después gratitud, porque son utilidad; finalmente amor, porque son fieles y constantes.

Los primeros hombres se supeditaron a la Naturaleza por su serenidad y su grandeza. El esplendor del día y la solemne calma de la noche, tuvieron por consecuencia, formar, en el fondo de las almas nacientes, el primer sedimento de su propio poder, puesto que de una manera reflexiva les marcaba la norma de su vida, y la senda de su porvenir, y ellos lo comprendieron.

La primera vez que pudieron comunicarse los habitantes de uno y otro hemisferio, se hallaron frente a la mayor de las interrogantes respecto a los hechos naturales. La diferencia de la cantidad y disposición de las estrellas que lucían en la bóveda negra de la noche, el contraste de las estaciones astronómicas y meteorológicas, así como la variedad de duración del día y de la noche en los diferentes puntos del planeta, les eran sorprendentes revelaciones.

Otro hecho asombroso debieron observar: la salida y puesta del sol de día, y la salida y puesta de media docena de estrellas, de noche, mientras las demás, incontables en número, estaban solamente dotadas de un suave y majestuoso movimiento de rotación, sin esconderse jamás por debajo del horizonte.

El orden, la armonía, la exactitud, la invariabilidad, reflejados en la superficie de la Tierra, en las costumbres de los animales y en la vida de las plantas, debieron intrigar sus espíritus inquietos e incitarles a buscar las causas de tantas maravillas.

Fueron los pastores, y en conjunto todas las personas dedicadas a los trabajos del campo y de la construcción, las que tomaron las normas de la actividad de sus vidas, del rodar de las estrellas, o sea las que leyeron las bases de la vida que les regia, en los signos luminosos, destacándose sobre el fondo negro del infinito misterioso. Y el ritmo de la producción agrícola, y la orientación de las viviendas al aire libre, y el emplazamiento de los templos, y la forma de las ciudades, se fueron modelando de acuerdo con el sutil y elocuente mandato de los astros.

Más tarde nació la navegación que es el viajar por los desiertos de agua, y aun en los desiertos de arena, se encontraron los hombres, que los astros eran sus únicos orientadores y guías, y se pasaban unos a otros sus fórmulas y observaciones, siendo ello la base de la Astronomía, la que nacía haciendo bien sembrando la fraternidad, el interés mutuo, y la gratitud a manos llenas.

La Ciencia de los astros no se ha desdeñado ni discutido jamás, siempre ha sido respetada, admirada, cultivada y ampliada sin cesar, porque cada vez ha sido más útil y necesaria a la obra humana, tanto bajo el punto de vista material y práctico, como bajo el punto de vista especulativo, moral y simbólico. Y, a través del tiempo se crearon aparatos, manuales y fijos, transportables e inamovibles. Se escribieron sus normas y principios. Se fundaron estudios y se editaron libros. Tomó cuerpo soberano de Ciencia lo que empezó siendo un simple motivo de curiosidad. De la Astronomía se derivan hoy todas las ciencias, incluso la Biología, con su «origen de las especies» entre las que figuramos los hombres. Y en la tierra misma, impreso en sus rocas, en sus minerales, en sus aguas, se puede observar hoy el trazo enérgico y poderoso de la vida colectiva del universo desde siempre.

Los marinos han sido hasta el presente los más obligados cultivadores de la Ciencia Sideral, porque en los desiertos de agua, ya mencionados, son los astros los únicos puntos de referencia que tienen los viajeros, puesto que las montañas líquidas son siempre desiguales, sin orientación fija, fugaces. En la tierra, al menos existen los hitos de roca, los picos de las montañas y las formas geográficas que nos guían.

Pero acaba de nacer otra navegación, la aérea, que bogando por encima de las montañas ve aplazarse éstas como leves trazos que no sirven para orientar ni de noche ni de día, y la aviación ha puesto sus miradas anhelantes en las estrellas y en el Sol, que es una estrella más, para guía y fijación de sus caminos aéreos, más difíciles aun de seguir que los de agua y los de arena frecuentados hasta el presente.

Las estrellas son siempre hermanas cariñosas y serviciales de los hombres en general, no tienen cambios ni veleidades, informalidades ni engaños con lo que son símbolos de lo que debe ser nuestro carácter.

—0—

Tengo en las manos un libro del capitán de fragata Pedro Sizaire titulado «El Guía de las Estrellas», abundante en dibujos y redactado en forma sencilla para que todos puedan aprender fácilmente a conocer las estrellas y familiarizarse con su trato y con su utilidad. Yo bien quisiera traduciros todo el libro y haceros conocer todos sus preciosos mapas, pero siendo imposible me limitaré a daros cuenta de lo esencial de una obra tan interesante.

Lo primero que gusta a un estudiante de la bóveda estrellada es distinguir los ocho astros de nuestro sistema planetario (exceptuando la Tierra) de lo que llamamos estrellas fijas. Dichos astros

no centellean como las estrellas fijas, se ven fácilmente desplazarse y sus discos se acusan con sólo observarlos con unos gemelos de teatro. Además no nos es difícil el localizarlos porque se apartan muy poco de la Eclíptica o trayectoria del Sol, y no se encuentran nunca fuera de las 12 constelaciones zodiacales.

Las estrellas ostentan sus colores particulares; las hay azuladas, como **Canopus**, **Vega**, **Régulo** y **Altair**. Blancas, como **Sirio**, y **La Espiga**. Amarillas doradas como **Proción**, **Polux** y la **Polar**. Verdes como **Castor** y **Rigel**, y rojas como **Betelgeuse**, **Aldebarán** y **Antares**.

Estos colores son sumamente importantes en física sideral, pues corresponden, ellos y sus matices intermedios, a los distintos períodos de nacimiento, vida y muerte de los astros, esos colosos, al parecer inmutables y eternos y sin embargo sujetos, como nosotros, a la fatalidad de las transformaciones.

—o—

En cuanto a las distancias astronómicas, hay una escala popular que ilustra mucho en este sentido, si tenemos en cuenta que la luz recorre en un segundo de tiempo 300.000 kilómetros en el espacio. Y se cuenta:

Para la Luna: por segundos

Para el Sol y los planetas próximos: por minutos.

Para los planetas alejados: por horas.

Para las estrellas: por años.

Para los grupos estelares: por cifras de 100 a 10.000 años.

Para las nebulosas en espiral: por millones de años.

Las teorías modernas hacen retroceder los límites del Universo conocido a varios billones de años de luz.

La cantidad de estrellas observables a simple vista es de unas 3.000, situadas en la semi-esfera

que se halla sobre nuestro horizonte, y existe el hecho de que la mayoría de las más brillantes se ven sobre la Vía Láctea o cercanas a ella, la cual, en sí, ya contiene incontables billones de soles, que los vemos en forma de polvo brillante.

Se han hecho listas de estas estrellas de mayor brillo y las que podríamos llamar de primera magnitud, no pasan de cincuenta.

En cuanto a constelaciones, las que están formadas por estrellas de todas las magnitudes visibles sin aparatos, se cuentan 89, siendo 29 las boreales, 13 las eclípticas, y 47 las australes.

Ahora bien, la belleza soberana de estos estudios prácticos, consiste, en que no pueden efectuarse bajo techado; en casa, en Academia ni en Museo, sino en lo que llamamos «aire libre»; mejor sobre una prominencia del terreno y siempre en plena noche. Hagámoslo así. Solamente la contemplación de la bóveda estrellada en plena Naturaleza acompañados de seres afines en elevación espiritual nos producirá felicidad infinita y placer selecto. Viviremos, volará nuestra alma desprovista del lastre de la vulgaridad y seremos mejores; que es en definitiva la misión de la Ciencia: Ver la Naturaleza grande y los hombres diminutos. Este criterio se materializa y evidencia mirando a nuestro compañero con auxilio de un telescopio, de un antejo de larga vista, o simplemente con unos gemelos de teatro. Visto por el lado ancho del instrumento que supondremos el extremo del orgullo y la superioridad, lo veremos pequeño y alejado, pero si lo observamos por el lado estrecho, por el ocular que significa el lado de la modestia y la realidad, lo veremos inmenso y próximo, que es como se funden los tiernos sentimientos, duraderos y eficaces, las firmes amistades, y los lazos inquebrantables del ideal eterno.

He aquí un aspecto más de la belleza de los caminos siderales.

Alberto CARSI

Los astrónomos, los geólogos y otros sabios que estudian la Física, han podido proporcionarnos ciertos datos sobre el origen e historia de la Tierra. Estiman que en un lejano pasado, el Sol no era más que una masa de materia incandescente girando sobre sí misma, un brasero compacto de calor y de luz. Dicha masa era mucho más vasta que en la actualidad; se hallaba dotada de un movimiento de rotación mucho más rápido, y es de ella que se desprendió una serie de fragmentos: uno grande, la Tierra; otro pequeño, la Luna, silenciosa y fría hoy.

Los astrónomos aportan razones convincentes en apoyo de la opinión de que el Sol, la Tierra, la Luna y todo el sistema solar fueron en esa época impulsados a una velocidad mucho más considerable, y que al principio nuestro globo no era más que un cuerpo inflamado sobre el que ningún género de vida era posible.

El Sol, incandescente todavía, es mucho menos ardiente que antes, y evoluciona más lentamente y continuará enfriándose y frenando su marcha. La velocidad de los movimientos terrestres decrece también sin cesar. Es decir, que nuestro día terrestre aumenta a medida que descendiendo lentamente el calor central de la Tierra. En algún tiempo la duración del día era la mitad o quizá un tercio de lo que es actualmente. Un hipotético observador hubiera podido contemplar, mirando al cielo, un Sol tórrido, mucho mayor que el actual. Tiempos vendrán en que cada día será de tanta duración como nuestros actuales años; y en que el Sol, en proceso de enfriamiento, despojado de sus rayos, permanecerá suspendido e inmóvil en el espacio.

H. G. WELLS.

# CIENCIA Y TÉCNICA LA CYBERNETICA

## en la producción futura



DESDE la guerra planetaria, la técnica tiende a conmovir todo el sistema de la producción industrial y agrícola, con sus infinitas aplicaciones a base del poder magnético de la electricidad.

Cabe, pues, preguntarse lo que será el hombre en la sociedad si ese proceso de evolución técnica no corre pareja con una profunda transformación de la condición humana.

La revolución *cybernetica* reclama una atención y un estudio sobre lo que debe ser el sistema de coordinación económicosocial en la vida de los pueblos. Si el dirigismo persiste en la «racionalización» de la vida como lo inician los técnicos, el hombre en sí, como trabajador, no será más que monigote esclavo del «robot».

Es evidente que la técnica, rebosante de un egoísmo materialista, implica condiciones nuevas en el sistema de producción. Unas condiciones de atrofiamiento en el ejercicio de las funciones mentales, aparte el núcleo de privilegiados del sistema estático que forman la legión de los nuevos aristócratas del dirigismo técnico. El resultado será un cúmulo de consecuencias graves e insospechadas en la persona de los productores manuales a pesar de que se augura realizar maquinamente todas aquellas tareas semiautomáticas efectuadas sin necesidad de especialización técnica.

Esas máquinas suplantadoras de la mano de obra, unas concebidas y otras en estudio, han empezado a construirse en esta última década.

Pensando en lo que representa la energía nuclear, si se aplica en la producción, puede vislumbrarse lo que sobrevendrá en la vida social de los pueblos técnicamente evolucionados. Los efectos serán perjudiciales a la clase trabajadora durante un periodo de difícil cálculo, porque ni el Estado, ni los financieros se apiadarán de la masa privada, del recurso de alquilar sus brazos al mejor postor. Una idea de esa situación se deduce por simple deducción histórica de la actividad humana, desde que empezó la domesticación del caballo, pasando por la rueda y llegando por la máquina de vapor hasta la potentísima dinamo, en cuyo proceso se refleja una permutación gradual del esfuerzo muscular por adaptar los órganos al conjunto mecánico, base de la explotación manufacturera e industrial. Todo ciclo de esta evolución mecánica ha producido un caos económico en los hogares humildes de los productores. Hoy, el problema técnico no tiene solución de continuidad, en el sentido de elevación recíproca del bienestar generalizado a toda la colectividad humana, mientras queden en pie los pilares del Estado—expresión autoritaria en todas sus formas y sistemas—y las raíces del sistema de propiedad individual.

La gradual carrera en que se transforma la industria, adquiere un volumen indefinible de profundas inquietudes morales e indesdiables para el anarquista. Los problemas del tecnicismo en la parte substitutiva de brazos, fatalmente—si no se produce la revolución social—creará una miseria, cuya amplitud y naturaleza impiden remontarse en el pasado como medio de tener un punto de partida con miras a una

solución satisfactoria, permitiendo una readaptación rápida a la situación determinada por un estadio de perenne evolución del saber humano.

¿Puede el hombre ser víctima de su propia vida?

En el sentido del mal, el instinto de conservación, propio en la persona del más sabio entre los sabios, permite tener un mínimo de confianza en una reacción favorable en los hombres de ciencia. Esos hombres dedicados a la investigación científica, si no acoplan sus actividades con las actividades de sus auxiliares los obreros, también serán relegados a una vida de automatismo mecánico, condición denigrante para quien se cree un ser de inteligencia superior.

Si el tecnicismo en todo esplendor radia destellos de muerte, ¿por qué no puede ser signo de bienestar y de felicidad?

Es aquí donde radica el nudo gordiano de la cuestión social. Y la solución es una condición de voluntad, nada más que de voluntad: si los técnicos de no importa qué especialización pueden dar libre elucubración a su materia gris, no es menos cierto que necesitan del concurso del músculo. Entonces, como obreros, los futuros reclutas del ejército del hambre, es hora que reflexionen y piensen en su propia defensa del derecho a la vida, negando su cooperación a los que no se consideran sus iguales, puesto que sólo tienen interés en perpetuar la desigualdad social.

Pocas palabras son suficientes para afirmar, sin jactancia, que las aplicaciones técnicas que se incuban en los laboratorios de investigación científica, *serán lo que proyectarán los productores organizados al margen de toda tutela estática o de política*. No han sido superadas ni las ideas, ni las organizaciones antiautoritarias que dieron nacimiento al sindicalismo revolucionario como expresión económica de la sociedad comunista libertaria.

Siguiendo la evolución inventiva en la vía que conduce a la «cybernetica», Paul L. Bret, dice:

«Sin remontarse en la noche de los tiempos, por trazar un conjunto del progreso en un orden solitario, puede deducirse que el origen de los aparatos revolucionarios en cuestión se encuentra en la máquina de cálculo de Blaise Pascal. Semejantes aparatos son mecánicos. Sus ruedas almenadas con diez dientes, se comandan unas y otras, en forma de sumar los signos de la numeración decimal. El principio de base, es, en efecto, que toda operación matemática es susceptible de convertirse en una serie de sumas. De hecho, las máquinas al principio no efectuaron más que la suma y la sustracción, ésta por el método del complemento a 9. Una multiplicación consistiendo en sumar el multiplicando con el mismo tantas veces como el multiplicador contiene unidades, se consideró demasiado extensa hasta el día en que Leibnitz inventó el tambor de dientes desiguales, corriendo sobre su eje, a manera de engranaje sobre ruedas dentadas, lo que redujo considerablemente el proceso operatorio. En cuanto a la división, se hizo por sustracciones sucesivas del dividendo, sin que la suma de las retenciones adquiriera la automaticidad deseable.

«Todos estos principios se hallaron en la máquina eléctrica en la cual el movimiento de la rueda fué reemplazado

por el paso breve de una corriente. La suma de las impulsiones reemplazó la de los dientes metálicos, operación que se hizo primero por el intermedio de alternativas electromagnéticas en la máquina de Mark, construida en 1943 por el americano Aiken, profesor a Harvard. La ganancia de tiempo fué considerable y el proceso sumativo dejó así de representar un contratiempo para la máquina. Por demás, la dimensión y el coste de semejante aparato prohibieron considerarle de otro modo que como instrumento de laboratorio.

»Un invento capital debió abrir perspectivas más amplias: el tubo electrónico. Combinado con el amplificador permitió el control de corrientes y de potenciales considerables, mediante corrientes y potenciales de poca densidad. La inercia del metal en movimiento en las alternativas se reemplazó por la ausencia de inercia propia a los simples fenómenos ondulatorios.

»Con ello la máquina dió un enorme salto hacia adelante; en primer lugar, en las operaciones sucesivas, el factor tiempo se convertía prácticamente en poca cosa, puesto que el tubo electrónico puede «tratar» cerca de un millón de impulsiones distintas al segundo. Segundo, ella llevaba una solución satisfactoria al problema de la «memoria», el obstáculo mayor con el cual topaba hasta el presente el progreso del cálculo llamado mecánico.

»En las máquinas electro-magnéticas, la memoria, y mayormente los retengos, se encuadraban en una tira de cartón. Esta ha sido substituida en los recientes aparatos. Y notablemente en la ENIAC americana, por tubos electrónicos, la onda correspondiendo a la cifra a guardar camina, a 300.000 quilómetros por segundo, entre dos cuarzos, terminando un tubo de mercurio. Llegando bajo forma eléctrica, la onda se transforma por el primer cuarzo en forma sonora, para volver a su primera naturaleza a través del segundo cuarzo que la devuelve al primero, y así de continuo. El recuerdo es, pues, disponible a todo instante en el interior del tubo. Otros procedimientos bastante diferentes, pero todos a base de propiedades electrónicas, han estado o están en curso de ser puestos a punto.

»Un sabio francés, M. Couffinal, director del Instituto Blaise Pascal, ha construido, y está perfeccionándola, una máquina más simple que las precedentes. En lugar de operar sobre el sistema decimal, el aparato utiliza el sistema llamado binario, que sólo reclama dos símbolos, el cero y el uno, gracias a ello el funcionamiento es fundado sobre el principio bien conocido en electricidad del «todo» o «nada». La apertura de un circuito corresponde entonces a cero, y su cierre a uno, o viceversa.

»La simplificación es inmensa; el número de operaciones se halla ciertamente aumentado, pero la rapidez con la cual ellas se efectúan es tal que la ganancia de tiempo es importante.

»Además del dispositivo de la memoria, otro órgano esencial de las máquinas de calcular es el «programa». Este representa la continuación y el orden de las operaciones que el hombre ha prescrito. Registradas antes sobre una tira de cartón perforada, el programa lo es hoy sobre un hilo magnetizado.

»Esta evolución técnica ha dado nacimiento a una nueva ciencia: la «cybernética», así bautizada por su «pionnier», el americano Norbet Wiener, según la palabra griega que significa «tomonero».

»Se puede definir esa disciplina como siendo la que se ajusta a los mecanismos autogobernados, es decir a los que en curso de ejecución, modifican por su propia voluntad sus actos, al objeto de obtener el resultado final mejor. Ese resultado se obtiene por un dispositivo dicho «feed-back». Las correcciones subsiguientes a la operación en curso son, en las máquinas electrónicas, por circuitos reactivos interviniendo sobre el circuito principal en función de las últimas «informaciones» registradas.

»Los aparatos ya descritos no son autónomos. Ellos ejecutan el programa preestablecido. Al contrario, los mecanismos cybernéticos superiores los que constituyen realmente el objeto de la nueva ciencia, disponen de autonomía en el escoger de los medios por alcanzar el «objetivo» que les ha sido marcado por el constructor. Entre ellos—además de la famosa máquina para jugar al ajedrez—, lo más curioso es la tortuga eléctrica de Grey Walter, y el sensacional homeostato de Ross Asbhy.

»Bajo su concha animal, la tortuga es un triciclo cuyas motrices traseras y la rueda delantera con dirección son accionadas en el comando por una célula foto-eléctrica situada en la cabeza. El aparato se mueve según la intensidad de las luces que percibe, yendo hacia la luz viva o hacia la penumbra, según la débil o fuerte carga de los acumuladores.

»Dando vueltas alrededor de los obstáculos para llegar al objetivo, el pseudoanimal posee aparentemente la autonomía de un ser viviente.

»Sin pretender hacer ilusión sobre su naturaleza metálica, el homeostato de Asbhy es un aparato compuesto de cuatro elementos, que restablece toda ruptura de equilibrio. Para llegar a ello, éste procede por tanteos, escogiendo y variando, si es necesario, los actos propios para alcanzar el objetivo propuesto. La regularización de los equilibrios es, como se sabe, una de las características esenciales de los organismos vivientes, y el homeostato lleva a ese problema mayor una solución comparable a la hallada por la naturaleza.

»Estos progresos han chocado tanto con los espíritus al extremo de calificar las realizaciones electrónicas de «máquinas pensantes». No es verdad más que en el límite trazado por el hombre a la invención, y en vista del resultado final que le ha fijado. Ciertamente, es concebible hacer efectuar a estas máquinas unos razonamientos tales como silogismos, a condición de escoger unos símbolos apropiados, y establecer los circuitos de manera a satisfacer las reglas de la lógica. Pero antes de hablar de verdaderos seres, existe una laguna que debemos guardar de franquearla.

»Las máquinas no se crean, no se reparan, ni se reproducen ellas mismas. Tampoco establecen sus programas, ni fijan ellas mismas su objetivo. No tienen capacidad intuitiva, ni de suposición, ni de negativa, esa última forma de la libertad. Su dominio es el de los actos automáticos del pensamiento, con exclusión de toda verdadera creación. El hombre conservará solo la facultad soberana de poner los problemas. Pues, encontrándose la solución en el enunciado, en muchos casos no es más que un trabajo de esclavo. La liberación de las labores automáticas permitirá a la inteligencia consagrarse a la creación lo que es verdaderamente su condición.

»La conjunción de los mecanismos de programa, de memoria, de lectura, de «feed-back», permite, pues, concebir que en principio, la mayor parte de las tareas automáticas pueden efectuarse por las máquinas, y que los límites del automatismo son susceptibles de ser retrocedidos.

»En su obra *Cerveaux Géants*, Edmundo C. Berkeley, después de haber expuesto todos los cálculos que harán las máquinas en lugar de los matemáticos, en los laboratorios como en fábricas, enumera las demás tareas que pertenecen ya al dominio de las aplicaciones electrónicas.

»En primer lugar figuran los archivos, el repertorio de los conocimientos humanos. Nadie puede actualmente pretender, como el humanista del Renacimiento, poseer la suma del saber de su tiempo. La máquina dará al hombre esta posibilidad. Ella recordará perfectamente lo que le habrán enseñado los especialistas de cada disciplina. Sólo hará falta preguntarle, y contestará inmediatamente de manera completa y segura a la pregunta.

»El mismo autor expone después cómo funcionan los mecanismos automáticos que estenografían, dactilografían, traducen verbalmente o por escrito, un texto de una lengua a otra. También describe el «direccióngrafo» (adressographe),

al cual un servicio comercial puede pedir la lista de los clientes susceptibles de interesarse por una nueva producción, el cual selecciona los nombres y busca las direcciones entregando los sobres dispuestos a la expedición.

»Si estos aparatos no están aún contruidos, se está en posesión de su plan y son realizables. En un porvenir previsible, una parte importante de los trabajos actualmente realizados por hombres y mujeres en las administraciones públicas y privadas, los centros de estudios, los laboratorios, las oficinas de investigación, el comercio, serán efectuados por las máquinas.

»Lo mismo en la industria. No se trata aquí solamente de organización de precio de coste, de investigaciones, de contabilidad y de correspondencia de lo que se encargará la «cybernética» aplicada, sino del mismo trabajo manual.

»Se sabe que las cadenas de producción y de ajuste caracterizan de más en más la industria moderna. Pues el principio de la cadena es dar el gesto siempre más acentuado de repetición automática, al punto que en ciertas empresas americanas, la atención de los obreros y empleados es distraída, durante el trabajo, con música o conferencias. Es decir que el *repetidor electrónico puede, en estos casos, tomar sin más tardar el lugar del hombre*. Desde 1946, la revista americana *Fortune*, describe una fábrica del porvenir transformada así. Y desde hoy, dado que la vida no resiste a las radiaciones de la materia en curso de desintegración, son los robots quienes operan en las fábricas americanas de plutonium.

»Esta vez, escribe Norbert Wiener, no es la energía humana que reemplazamos por la máquina, sino el hombre comunicativo, el hombre en tanto que sector que decide si sus decisiones no son tomadas en un nivel demasiado elevado, si no son más que decisiones de un trabajador de fábrica condenado a repetir una secuela de decisiones banales. El cerebro electrónico hará, de esta forma, ejecutar a las máquinas las operaciones previstas por el programa», registrado una vez por todas sobre un hilo magnetizado.

»Lo mismo, escribe el padre de la «cybernética», en materia agrícola un tractor y su arado pueden ser equipados por un dispositivo electrónico que les hará mover a una distancia constante del precedente surco. «Una vez el primero trazado sobre todo el borde del campo, unos tractores sin conductor labrarán toda la superficie para detenerse finalmente una vez el trabajo terminado».

»Sin duda, se dirá: ¿estas posibilidades técnicas existen, pero el precio de semejantes aparatos es que no es en mucho superior al del trabajo humano?

»Eso es incontestablemente verdad en los prototipos. La máquina de calcular ENIAC, que posee 18.000 lámparas electrónicas, ha costado medio millón de dólares, pero las simplificaciones ulteriores reducen sensiblemente su precio que podría establecerse alrededor de 150.000 dólares. Es así que la I.B.P. francesa de M. Louis Couffignal no tiene necesidad más que de 2.000 lámparas por un rendimiento al menos igual al de su antecesora americana. Fabricados en serie—20 millones han sido producidas en los Estados Unidos en 1950—los tubos electrónicos son hoy de un precio abordable. Desde luego, considerando el problema sobre su aspecto económico, Wiener concluye que «si el valor en capital de un hombre puede ser evaluado en diez mil dólares, las máquinas que pueden reemplazar a una docena de hombres existen ya». Por otra parte, no hay duda que cuando las máquinas de control sean construidas en serie, su precio de coste bajará en una importante proporción.

»El reemplazo gradual del hombre por la máquina es, pues, ineluctable, puesto que por una especie de ley o de fatalidad el progreso técnico no vuelve atrás y sigue, al contrario, siempre adelante. Pero entonces, ¿qué será del hombre liberado de una parte cuantitativa de sus tareas?

»El problema no es nuevo. Este sobrevino en el curso de la evolución industrial, y, más de una vez, los obreros ame-

nazados de paro intentaron romper las máquinas que iban a sustituir a un cierto número de ellos. De hecho, el desarrollo técnico fué tan general que abrió a la mano de obra nuevos campos de actividad al tiempo en que los antiguos se reservaban. De más en más, con lo que se puede decir por el momento, el proceso no tuvo jamás un carácter masivo y general, y su desenvolvimiento dejó el tiempo necesario a una cierta adaptación.

»Esta vez, al contrario, en lugar de una evolución, se corre el peligro de encontrarse en presencia de una verdadera revolución técnica. El hombre puede ser literalmente sacudido por su invención, cuya amplitud y consecuencia vuelve a poner en causa las condiciones habituales de su existencia, fundada, siempre, sobre la noción del trabajo. Si esta base desaparece, o disminuye, al punto de no ser ya esencial, ¿cómo reemplazarla por otra? Se trata realmente de resolver un problema sin precedente por su amplitud y por su urgencia: la organización de una sociedad nueva.

»No obstante, la cuestión no revestirá un carácter de apremio más que si no se dispone del tiempo necesario por ajustar la sociedad a sus nuevas condiciones de existencia.

»Sobre esto, las apreciaciones de los técnicos varían entre 20 y 50 años para la generalización de las cadenas, la fabricación de los aparatos de control y la adaptación de las máquinas utensiles. Si se adopta la cifra media de treinta años, ese tiempo será suficiente, a condición de tomar de hoy en adelante el problema en toda su extensión y tratarlo en su conjunto.

»Pues según toda probabilidad, «la automatización» de las fábricas no se operará paralelamente al mismo ritmo en todos los dominios de la producción. Se realizará sucesivamente en cada rama, empezando por aquellas en que el trabajo a la cadena es el más en uso. Es decir, que la mano de obra se verá desalquilada por selección en una misma industria, lo que impedirá toda recalificación en la misma especialidad. La tentación será grande de acogerse al empirismo, y de transferir los obreros a otras fábricas que tendrán fuertes probabilidades de ser a su vez equipadas de robots años más tarde. Entonces sólo se habrá retardado la dificultad sin haber aprovechado el tiempo acordado por las circunstancias.

»Al fin, en todo caso, habrá una reducción masiva del empleo, al mismo tiempo que multiplicación del número y de la rebaja de los productos manufacturados según los procedimientos automáticos. La ecuación a resolver tendrá, pues, varias incógnitas. Y, suponiendo que en este momento la parte del trabajo humano haya sido reducida, por ejemplo, en un 80 por 100 en la metalurgia y el textil, de 60 por 100 en la industria química, y sólo de un 20 por 100 en la agricultura, ¿cuáles serán las normas que se aplicarán a los salarios?

»La solución se ha sugerido. Puede ser encontrada en cada rama, dividiendo el número de horas de trabajo requerido por el número de obreros especializados en esta rama. Esa proposición «no cuadra» con las exigencias de la técnica electrónica. La mano de obra conservada será esencialmente técnica y de control. Técnica por los obreros de élite, vecinos de los ingenieros por el trato, y ejecutarán sobre la máquina madre los movimientos tan perfectos como posible sea, y que el hilo magnetizado registrará. Control por los vigilantes de la ejecución, sentados en sus observatorios multicolores para asegurar el buen funcionamiento o ejecución del «programa». Estos técnicos serán intercambiables y desempeñarán un papel aristocrático.

»Es en esto que los datos son sin precedente. En su «crítica del Programa de Gotha», Marx habla de la fase superior de la sociedad donde el trabajo se convertirá no solamente en el único medio de vivir, sino en la primera necesidad de la existencia».

Pero que esta primera necesidad, en un momento dado, deje de poder ser satisfecha no ha podido menos que inquietar el espíritu de sociólogo. Pues, en las fábricas de ma-

ñana, no habrá casi más que ingenieros y directores. Y volveremos siempre a la misma pregunta: ¿Qué harán los demás?

«Los ciberneticistas no se han equivocado. Los físicos nucleares se hallan encantados y algunas veces horrorizados por las consecuencias de su invención. En todos los casos, la solución colectiva propuesta es idéntica: crear una autoridad internacional que regularizará la marcha del progreso en el sentido del interés humano. Se conoce lo que ha ocurrido en este orden razonable cuando se ha querido aplicarse a la desintegración del átomo. ¿Es que tiene más probabilidades de éxito en la materia cibernética? Puede ser, porque ésta sobrepasa las concepciones capitalistas y comunistas que se refieren a un orden virtualmente sobrepasado. Puede dudarse, sin embargo, que el buen sentido triunfe pronto en el mundo actual, donde la carrera por la rebaja del precio de coste condiciona las exportaciones, y por supuesto el estandarte de vida de los pueblos competidores. ¿Es que el más rico no será tentado de equiparse el primero, al objeto de inundar los mercados, pero sin darse cuenta de que sus competidores son también sus clientes? ¿Es que deberá llegarse a una ruina general antes que reconocer que la dicha humana no puede basarse más que sobre una minuciosa organización nacional e internacional fundada sobre una distinción entre las tareas automáticas y las que no lo son?»

«Ciertamente, el tiempo de reflexión y de adaptación pueden ser aumentados por la prohibición gubernamental de introducir, en los talleres, los repetidores electrónicos, pero nadie puede mantenerse en un estado de inferioridad aplastante.

«Además, puede ser que la humanidad no tenga ningún reposo. Wiener ha denunciado ese peligro. Si—dice él—hay una tercera guerra mundial, la generalización del automatismo se impondrá a los antagonistas a fin de producir más a prisa, mejor y de librar la multitud de combatientes requeridos por un conflicto de tipo mundial. En dos años, estima el mismo autor, la transformación estará hecha. ¿Qué decir entonces del retorno a la paz, donde una gran parte de los movilizados no encontrarán ningún empleo? La perspectiva de una paz electrónica no hace más que prolongar lo trágico de la guerra atómica.

«Y sin embargo, el automatismo, dominado por la razón, puede hacer la felicidad del hombre, sustituyendo al concepto envilecedor y nivelador de la masa, por el de la libertad de la persona.

«No hay problema de organización que la eficacia de una inteligencia, desdoblada por sus máquinas de calcular, de razonar, de trabajar, no pueda resolver, a condición de que

la *noción de servir reemplace la de dominación*. Que se quiera o no, el trabajo dejará de ser una mercancía volviéndose un valor. Valor creador del sabio que retarda los límites de lo posible, del ingenio que traduce la invención en máquinas nuevas, del maestro obrero responsable del primer movimiento que repetirán los robots, pero valor creador también de los pensamientos y de los brazos que, después de haber cumplido las tareas requeridas por la producción automática, consagrarán lo más claro de su tiempo, al contacto directo y fecundo con la realidad natural, llegando a creaciones donde cada uno se expresa y descubre diferentemente, pero quedando solidario. Eso será menos la hora «de los placeres organizados», distracciones en común a hora fija y sobre mando, que el tiempo de los artesanos de la herramienta, de la pluma, del pincel, del jardín, igual como en los siglos de las catedrales.

«Al lado de los productos automáticos muy baratos, habrá los del esfuerzo individual, cuya calidad fija el valor. Liberado del anonimato, dejando de ser un engranaje de la máquina a la noche, cada uno, en la medida de sus medios, hará frente a las cuestiones esenciales que convienen a su dignidad de hombre.

«Pero eso exige un acto fundamental. Es el abandono al destino que es la vía del fatalismo, o bien sea la orientación voluntaria del destino; lo que es asunto de lucidez y de decisión.

«El género humano, llega «al límite», a ese punto donde la negativa de obrar reviste un carácter tan fatal como una decisión equivocada.

«Esto es verdad por la energía nuclear como por la *cybernética*, pero la amenaza que representa la primera, aterroriza por su aspecto espectacular, mientras que el peligro que conlleva la segunda no tiene el mismo carácter de dramática evidencia. No obstante, los distintos caminos conducen al mismo impase. La invención condena al inventor a escoger inmediatamente entre la razón y el absurdo, el ser o la nada, la libertad o la servidumbre.»

Con el encabezamiento puesto a este artículo hemos llamado la atención al objeto de que estudiemos estos problemas de la técnica en bien del futuro inmediato de la humanidad con la extensión que requiere el progreso mecánico en la fase de la desaparición de un sistema de civilización por empuje de modalidades nuevas a tono con las necesidades humanas presentidas por los teóricos de la Anarquía.

XXX

(Traducción del francés por Bernardo Pou).

Reférese que en tanto que Miguel Angel pintaba el fresco de la capilla del Vaticano, el Pontífice Paulo III fué a visitarle en su gran taller. El cortejo del Papa era numeroso y no faltaba alguno de los que, envidiosos de los favores de que Miguel Angel era objeto, no perdían ocasión de malquistarle con el Pontífice. Del número de los envidiosos era el maestro de ceremonias, Blas de Ceseno, hombre de escaso gusto y sobrada malicia.

—¿Qué os parece la obra?—le preguntó Paulo III.

—Señor, me parece más a propósito para decorar una taberna que para servir de ornato a un templo.

Oyó Miguel Angel aquellas palabras; pero ni un solo gesto demostró que las hubiese comprendido. Poco después, como el Papa volviese a visitar la capilla Sixtina, observó que había en el fresco una figura más. El maestro de ceremonias aparecía en un grupo de condenados con una serpiente rodeada al cuerpo (la envidia) y teniendo por atributos dos enormes orejas de asno.—SOLEDA GUSTAVO.

# EQUILIBRIO DE POTENCIAS

Y

## REGIMENTACION SOCIAL



ENTRE Rusia y los Estados Unidos quieren establecerse diferencias de estructura que cada día son menos distantes entre sí. La creciente militarización de la órbita de influencia occidental demuestra en qué medida las prácticas totalitarias van enraizando en el sistema tradicional de la democracia política tras la crisis del liberalismo que le dió origen y savia.

El intervencionismo del Estado en el hasta hace poco coto cerrado de la Economía, acaparado enteramente por las actividades capitalistas, prueba que la estatización del mundo occidental sigue su curso como una tendencia incontenible hacia el equilibrio *versus* el sistema antagonista, o sea el stalinismo.

La democracia de las estrellas y las bandas se había distinguido por el rol secundario jugado en política por sus militares. Mientras en la América latina, por ejemplo, se continuaba la tradición ochocentista española del cuartelazo y el pronunciamiento—término que ha adquirido, finalmente, a fuerza de uso, carta de ciudadanía en todos los idiomas del mundo—, los norteamericanos postergaban a los soldados a la tercera categoría, yendo delante en los asuntos del Estado financieros y políticos profesionales. La guerra 14-18, primer acontecimiento serio en la carrera militar estadounidense, no alteró la costumbre ya añeja, y el elemento civil continuó sosteniendo firmemente la sartén por el mango. Con Roosevelt se acaba esa tradición, y por fin los militares se cuelan con numerosas prerrogativas en la Casa Blanca. El grotesco reinado de Truman confirma la apoteosis intervencionista del militarismo americano, que ha acaparado todo el terreno en asuntos de política extranjera.

La pasada guerra mundial estimuló los apetitos del militarismo americano. Por otro lado, las consecuencias resultantes de la misma—paz armada, zonas de ocupación, guerra de Corea, extensión del comunismo a China y agitación en los países colonizados por Francia e Inglaterra—parecen indicar o justificar la necesidad de una primacía militar en la dirección de la política internacional norteamericana. La precaria paz de que disfruta el mundo, con la URSS en frente como enemigo permanente, redobla las ventajas para afianzar la posición del militarismo yanqui en Washington. Toda la política internacional yanqui se desarrolla bajo un signo militar, y ya no es improbable que la próxima Presidencia sea un militar quien la detente. Las inspiraciones y exigencias de la Casa Blanca de cara al grupo de naciones que han quedado

prácticamente bajo su égida son primordialmente militares. El más eminente designio estadounidense en Europa es el fortalecimiento militar del Pacto del Atlántico por encima de cualquier otra consideración de principio. Que no existen consideraciones de principio lo demuestran las veleidades con el régimen fascista de Franco, con el que ya se han abierto amplias relaciones, siempre por misiones militares. En América, con características distintas, el Pacto de Río Janeiro evidencia de la misma manera las preocupaciones militares de los yanquis, y su afán por someter a una política de guerra a todas las naciones que de una u otra manera dependen de ellos. En frente, Rusia y sus satélites realizan en una vasta zona de Europa y Asia maniobras idénticas, dándole a nuestro siglo una apariencia siniestra y justificando su clasificación histórica como era de las grandes guerras.

x

Nos encontramos, pues, bajo el signo catastrófico de una civilización derrotada, en trance de transgredir definitivamente cuánto podía justificarla moralmente. Desde el momento en que salió del caos medieval, la estructura intelectual de nuestra civilización se distinguió por una premisa capital: la brutalidad, la injusticia, la violencia y la guerra se producían sin justificarse. Se hacía el mal, pero se gloriaba el bien. Sólo esta escisión entre el pensamiento y la voluntad de varios siglos permitió la lenta elaboración de una cultura fundamentada en principios morales idealistas, que es hoy violentamente combatida por todos los factores de regresión, principalmente por las mismas instituciones que representan el viejo principio bárbaro de la fuerza. Ya hemos visto que en algunas de las más trágicas derivaciones de un acontecimiento humano residen los elementos corruptores y destructores de los valores de la cultura y la civilización. La invasión actual del guerrillerismo no es otra cosa que la culminación de un proceso destructor y, paradójicamente, el retorno a las formas deshumanizadas de la barbarie.

La aceptación masiva de la posibilidad y el principio mismo de la guerra presupone la vigencia y el predominio de lo gregario. La guerra como principio universal de una civilización significa la afloración de los prestigios primitivos. Independientemente de los factores económicos, políticos y de poder que puedan entrar en juego en el estallido de las guerras modernas, están esos prestigios regresivos que hallan su raíz en el espíritu mixtificado del hombre mismo. Sólo esa existencia de factores regresivos puede justificar la larga audacia que ciertos megalómanos como Hitler, Stalin o un dios aterrador como la bomba atómica

encuentran en el alma humana. Ha explicado muy bien este proceso Roger Caillois en un ensayo de profunda penetración. Afirma que casi no existen las filosofías de la guerra antes del siglo XIX. La larga tradición humanista había arrinconado esos principios bárbaros, por lo menos en el dominio cultural. Con Hegel y el hegelismo la guerra se convierte de pronto en el motor de la Historia, pues es ella la que forma los Estados. Sabemos que los frutos ideológicos del hegelismo son el materialismo dialéctico y el super-Estado. También era inexcusable la fatal consecuencia de la guerra en sus aspectos más deshumanizados.

Según Caillois, «la guerra cumple, en la sociedad mecanizada, la misma función que la fiesta en la sociedad primitiva, ejerce la misma fascinación y aparece, en fin, como la única manifestación de lo sagrado que el mundo contemporáneo haya sabido producir a la medida de los recursos gigantescos de los que dispone». Ya no es la guerra la que se adapta a las leyes generales de la civilización, sino al contrario, la civilización en su conjunto la que debe adaptarse a las condiciones de los combates futuros. Un porcentaje elevadísimo del potencial industrial de nuestro mundo responde a los estímulos del militarismo en auge, no a las necesidades básicas de la población mundial, ni aún a los mismos intereses nacionales de las potencias dominantes. Estamos viendo que los impresionantes recursos industriales de nuestra civilización, más que a servicio del hombre están destinados a su

destrucción. Son ellos los que mandan, a pesar de su apariencia inerte, y no los que los construyen y dirigen. Porque han sido elevados a la categoría mágica de símbolos, y toda simbología ejerce un dominio espiritual incontrastable. Esta situación sólo es explicable en base a ese sentimiento reverencial del hombre hacia todo lo que lo aplasta. No se trata únicamente de que los gobiernos dirigen, los Estados Mayores planean, y los soldados tienen que combatir. Hay por debajo de todo eso un prestigio destructor latente que encona la apariencia del poderío. El poderío es el estímulo tremendo de las ideologías masivas de nuestro tiempo. De ahí que la deificación de la máquina como símbolo de poder y eficacia y su culto en el mundo occidental conduzca la conciencia del hombre mediocre hacia un misticismo agresivo que tarde o temprano tiene necesidad de comprobarse y realizarse. Es esa la explicación del nazismo y su fatal desenlace.

Puede objetarse que no toda la conciencia occidental está en la misma situación, y el reconocimiento de esa realidad es la que permite que escribamos esto y nos dirijamos a otras personas. Pero los hechos no menos reales puestos de relieve quedaban confirmados por una actividad siniestra y cotidiana que tiende a centralizar en dos únicos antagonistas todo el poderío necesario para la gran catástrofe.

B. MILLA

Se declaró individualista un interlocutor de Eliseo Reclus, y éste contestó:

—Sin embargo, hay que confesar que hay algo fuera de nosotros.

Las palabras de Reclus tienen tanta sensatez y tanta agudeza que derrotan a los sofistas del simplismo subjetivo, a las doctorales logomaquias que implícita o explícitamente postulan la primacía absoluta del «yo» para engendrar, en fin de cuentas, el argumento egoísta.

—o—

Según dicta la experiencia propia más antigua, el hombre es psicológicamente y en la tierra donde vive, un ser social. El separatismo individualista, el «cada cual para sí mismo», fuente del caos actual, no es para el espectador reflexivo más que una aberración metafísica, una teoría absurda y antinatural.

—o—

El individualismo, en el sentido preciso y pleno de la

palabra, es una forma inferior, una forma rudimentaria de vida anterior a la conjugación de los sexos y a su diferenciación, anterior al grupo familiar, al rebaño, a la horda, al clan, al nacimiento de la sociedad gregaria, forma primitiva y grosera de la solidaridad social.

—o—

Ni individualismo ni gregarismo, he aquí la fórmula concienzuda, sana y justa de la vida humana. El individualismo nos conduce a la lejanía del origen de la vida animal, entregada al arbitrio de cada uno; el gregarismo nos conduce a la iniciación grosera de la vida en común. Todo ello representa el pasado que exaspera en su propia agnía. La psicología humana, las adquisiciones del espíritu y de la razón se oponen a los dos anacronismos: individualismo y espíritu gregario. Son estas dos manifestaciones igualmente nefastas, y en vano se trataría de acompañar la vida a sus dictados.—PABLO GILLE.

# POETAS

## DE AYER Y DE HOY

### *Primavera*

Nubes, sol, prado verde y caserío  
en la loma, revueltos. Primavera  
puso en el aire de este campo frío  
la gracia de sus chopos de ribera.

Los caminos del valle van al río  
y allí, junto al agua, amor espera.  
¿Por ti se ha puesto el campo ese atavío  
de joven, oh invisible compañera?

¿Y ese perfume del habar al viento?  
¿Y esa primera blanca margarita?  
¿Tú me acompañas? En mi mano siento  
doble latido; el corazón me grita,  
que en las sienes me asorda el pensamiento:  
eres tú quien florece y resucita.



### *Rosa de fuego*

Tejidos sois de primavera, amantes,  
de tierra y agua y viento y sol tejidos.  
La sierra en vuestros pechos jadeantes,  
en los ojos los campos florecidos,

pasead vuestra mutua primavera,  
y aun bebed sin temor la dulce leche  
que os brinda hoy la lúbrica pantera,  
antes que, torva, en el camino aceche.

Caminad, cuando el eje del planeta  
se vence hacia el solsticio de verano,  
verde el almendro y mustia la violeta,

cerca la sed y el hontanar cercano,  
hacia la tarde del amor, completa,  
con la rosa de fuego, en vuestra mano.

Abel MARTIN

Anselmo Lorenzo

# EL PROLETARIADO

Militante origen del

# SINDICALISMO



Ediciones M.L.E.-C.N.T.

¿CUALES SON LOS ORIGENES DEL MOVIMIENTO OBRERO ANARCO-SINDICALISTA ESPAÑOL? ¿Cuáles son sus principios ideológicos? ¿Cuáles son sus tácticas y cuáles sus objetivos? ¿Cuáles han sido sus luchas, sus triunfos y sus martirios? ¿Cuál ha sido su trayectoria desde los tiempos de la Primera Internacional hasta nuestros días?

Dos obras, que no deben faltar en la biblioteca de todo aficionado a los estudios sociales, satisfacen plenamente a estos interrogantes:

## EL PROLETARIADO MILITANTE

(Origen del Sindicalismo)

Por Anselmo LORENZO. Dos tomos con 528 páginas. Precio de los dos tomos incluidos gastos de envío: 250 francos.

## LA C.N.T. EN LA REVOLUCION ESPAÑOLA

Por José PEIRATS. Un tomo con 416 páginas, fotocubierta a dos colores e ilustraciones sobre papel couché. Precio del primer tomo (el segundo se halla en prensa): 600 francos.

Pedidos a J. Cazorla, 4, rue Belfort, Toulouse (Haute-Garonne).

Notas  
Alaiz: Lu  
te.—Herl  
evolución  
eña P. C  
cultura.—  
del movi  
los princ  
organiza  
Cultura  
Ferrer:  
de Fran  
Costa I  
y cultur  
mann F  
tes obra  
de Rud  
da Silv  
tidades  
—Bruno  
sonalida  
Junio  
1952  
RE